



actas

del consejo general

año LXXI - enero-marzo 1990

n.º 332

órgano oficial
de animación
y comunicación
para la
congregación salesiana

Direzione Generale
Opere Don Bosco
Roma



actas

del consejo general
de la sociedad salesiana
de san juan bosco

ORGANO OFICIAL DE ANIMACION Y COMUNICACION PARA LA CONGREGACION SALESIANA

N.º 332

año LXXI
enero-marzo 1990

		<i>Página</i>
1. CARTA DEL RECTOR MAYOR	DON FELIPE RINALDI, genuino tes- tigo e intérprete del espíritu sale- siano	3
2. ORIENTACIONES Y DIRECTRICES	(No se dan en este número)	
3. DISPOSICIONES Y NORMAS	(No se dan en este número)	
4. ACTIVIDAD DEL C. GENERAL	4.1. De la crónica del Rector Mayor	65
	4.2. De la crónica del Consejo General	66
5. DOCUMENTOS Y NOTICIAS	5.1. Nuevos obispos salesianos	77
	5.2. Preparación del XXIII Capítulo General	78
	5.3. Inauguración del ISCOS	79
	5.4. Hermanos difuntos	87

Central Catequística Salesiana
Alcalá, 164 - 28028 Madrid
Edición extracomercial

Imprime: Gráficas Don Bosco - Arganda del Rey (Madrid)

1. CARTA DEL RECTOR MAYOR

1.1. Don Felipe Rinaldi, genuino testigo e intérprete del espíritu salesiano

Beatificación de don Felipe Rinaldi.—Historia de su causa.—Significado de este acontecimiento para nosotros.—Breve repaso de la vida de don Felipe.—En la cumbre al mediar el primer siglo salesiano.—Su admirable espíritu emprendedor.—Cultivador de salesianidad.—Autorizado intérprete de nuestra interioridad apostólica.—Prototipo de bondad pastoral por su paternidad.—Intercesor y guía para toda la familia salesiana.—Asertor del vital mensaje de Don Bosco modelo.

Roma, 5 de diciembre de 1989,
58.º aniversario de la muerte del nuevo beato

Queridos hermanos:

Mientras nos preparamos, con intensidad de oración y estudio, a celebrar el próximo Capítulo General, os invito a centrar vuestra atención en el testimonio de espíritu salesiano del tercer sucesor de san Juan Bosco, don Felipe Rinaldi. Su figura histórica, su referencia constante al patrimonio vivo de Don Bosco y su destacada incidencia en el desarrollo de la familia salesiana, traerán luces preciosas no sólo sobre los importantes trabajos capitulares, sino también sobre todo el creciente proceso de nuestra renovación en la Iglesia.

Os escribo en el 58.º aniversario de su muerte —5 de diciembre de 1931—, mientras aguardamos que llegue la hora de su beatificación. Ya han terminado en la Congregación para las Causas de los Santos los diversos trámites; prácticamente ya sólo falta la decisión final del Santo Padre.

Obviamente, todavía es imposible dar referencias concretas, pero hay razones para prever que su beatificación podría tener lugar en el primer semestre de 1990.

Sea cual fuere la fecha, estoy convencido de que para nosotros va a ser un acontecimiento de resonancia espiritual. Lo he comprobado personalmente en los contactos mantenidos con miembros de algunos grupos de nuestra familia en distintas partes del mundo. A poco más de medio siglo de su muerte, vemos agigantarse la importancia de su figura. Del reconocimiento oficial de su santidad se espera un estímulo particular de autenticidad vocacional.

Historia de su causa

Creo que os interesará tener una sinopsis de las etapas por las que ha pasado la causa de don Felipe Rinaldi: es una invitación a dar gracias a la Providencia por el don que nos disponemos a recibir.

Al morir, el 5 de diciembre de 1931, ya era general su fama de santidad. Pocos años después se comenzó a pedir el inicio de los procesos pertinentes. El Consejo General de entonces prefirió adoptar una postura de espera. El rector mayor, don Pedro Ricaldone, afirmó: «Dejémonos guiar por el Señor. Si quiere glorificar a su siervo, nos lo mostrará de forma inequívoca»¹. Era como pedir una señal del cielo. Poco después llegaba una respuesta clara: el milagro en favor de María Carlota de Noni, religiosa de la Congregación de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, en Villanova di Mondovì.

Esta religiosa había sido herida muy gravemente en la boca por un proyectil, durante un ametrallamiento aéreo, el 20 de abril de 1945. Un solo golpe le arrancó el hueso del mentón con todos los dientes inferiores, de modo que su lengua

1. *Summarium* de la *Positio super virtutibus*, 1985 (en adelante se citará: *Summarium*), pág. 266, núm. 927.

pendía sobre el pecho y dejaba imposibilitadas todas las funciones bucales: la voz, la masticación y la deglución. Todos creían que la muerte era inminente.

La fundadora del instituto, María Margarita Lazzari, muerta en olor de santidad, había sido dirigida espiritualmente por don Felipe durante veinticinco años, cuando era profesora de Letras en las escuelas públicas de Turín. Invitó a toda la comunidad a implorar su intercesión. Aplicaron un pañuelo del Venerable a la herida de la religiosa, que se sintió algo mejor, pero continuando inmóvil casi cincuenta días, sin poder pronunciar una sola palabra ni tragar nada. Mientras, se intensificaban las oraciones. Poco antes de san Pedro (junio de 1945), sor María Carlota improvisamente se despertó de un ligero sueño, pudo levantarse por sí misma y comenzó a hablar expeditamente, a masticar y a deglutir. La lengua había vuelto a su lugar natural, el hueso del mentón se había reconstruido y todas las funciones de la boca eran normales. El 29 de junio la religiosa daba clase de canto a las chicas de la aldea.

El hecho tuvo mucha resonancia y los superiores dispusieron inmediatamente que se dieran los pasos necesarios para introducir la causa en el arzobispado de Turín (1948-1953), mientras que en la curia de Mondovì tenía lugar el proceso ordinario para el milagro (1948-1949).

El estudio posterior sobre las virtudes heroicas de don Felipe, en la Congregación romana para las Causas de los Santos, caminaba despacio por el elevado número de candidatos a los altares. Sólo el 3 de enero de 1987 pudo leerse, en presencia de Juan Pablo II, el decreto que reconocía la heroicidad de sus virtudes. El juicio de los consultores teólogos y de los cardenales había sido unánime, con expresiones de alta estima.

Quedaba por examinar el milagro. El correspondiente proceso de Mondovì había sido plenamente positivo y en seguida se mandaron las correspondientes radiografías al promotor romano de la fe. Pero lastimosamente, después de tantos años, no aparecieron en el archivo de la Congregación vaticana. Al faltar dichos elementos de prueba, los peritos médicos, en la primera reunión, se abstuvieron de dar juicio positivo sobre el caso. Gracias a Dios, sor María Carlota vive aún y se sometió a nuevos exámenes.

Las dificultades encontradas por los médicos se solventaron recurriendo a modernas técnicas científicas: tomografía axial computerizada, resonancia magnética y la sirognatografía. En la consulta médica se juntaron distinguidos peritos maxilofaciales, dado que se trataba precisamente de un caso de su especialidad.

Los resultados de tan minuciosas pruebas periciales hicieron que la consulta de los peritos médicos declarara, el 7 de junio de 1989, con juicio unánime y pruebas por ellos valoradas de indiscutibles, que la mencionada curación no podía explicarse naturalmente.

Merece un aplauso nuestro postulador, don Luis Fiora, por la constancia e inteligencia con que ha resuelto todas las dificultades.

Visto el juicio positivo de los peritos médicos, los consultores teólogos reconocieron el milagro por unanimidad el 13 de octubre de 1989. Se prevé que la sentencia de los teólogos y de los peritos médicos quede aprobada por la Congregación cardenalicia el próximo 19 de diciembre. Posteriormente se leerá el decreto sobre el milagro en presencia del Sumo Pontífice, a quien compete el derecho de proceder a la beatificación y establecer su fecha.

Significado de este acontecimiento para nosotros

Hace algún tiempo, cuando se preparaba el centenario de la muerte de san Juan Bosco, queríamos que la beatificación de don Felipe Rinaldi pudiera incluirse en las celebraciones del Don Bosco '88. Ahora podemos pensar que su retraso ha sido providencial.

Ante todo, en la próxima fecha, la atención de la familia salesiana podrá centrarse en la figura del nuevo beato, a fin de captar con más provecho su mensaje profético, que quizá en 1988 habría quedado en la penumbra.

En vida supo cubrir con un denso manto de humildad el conjunto de sus riquezas espirituales, de creatividad apostólica, de iniciativas audaces, de adaptación a los tiempos, de previsión e incluso desarrollo del carisma. Ahora su beatificación puede considerarse una especie de reflejo más bello y significativo del 1988, que descubrirá a todos el regalo que el Señor hizo a nuestra familia en la persona del tercer sucesor de san Juan Bosco.

Por otra parte, el hecho de que la beatificación ocurra en proximidad a los dos capítulos generales de 1990 (el nuestro y el de las Hijas de María Auxiliadora), que se celebran en un momento particular de nuestra renovación (a los seis años de la aprobación apostólica de nuestras Reglas elaboradas), nos da la extraordinaria posibilidad de afrontar la delicada problemática de la educación de los jóvenes en la fe con el corazón y el dinamismo de la mejor fidelidad al espíritu salesiano. La garantía de la santidad de don Felipe podrá influir beneficiosamente en los capitulares.

Asimismo tendremos todos, con las Voluntarias de Don Bosco, oportunidad para considerar más atentamente los amplios horizontes de la fecundi-

dad del espíritu salesiano en el siglo, para bien de los numerosos seglares de nuestra familia.

Esta beatificación tiene un suplemento de significado que la hace muy importante. La beatificación de un hermano o hermana siempre es preciosa e iluminadora, porque nos ayuda a valorar y amar mejor la vocación salesiana y destacar algunos de sus aspectos. La de don Felipe encierra, además, un significado eminente de actualidad especial para la identidad de nuestro carisma en su conjunto: nos presenta al tercer sucesor de san Juan Bosco como guardián y revelador del secreto del espíritu salesiano, para la animación y guía de toda nuestra familia: él indica claramente, a cada grupo, el vínculo común que nos une en ella.

Su vida es la refutación más palmaria de la superficialidad espiritual que hoy nos amenaza.

Además de conservar y custodiar, interpretó, explicó, difundió y robusteció la vitalidad de todo el patrimonio recibido.

De él se ha dicho que fue «lámpara de muchas luces»: nos ayudará a caminar con paso firme por la umbrosa zona del delicado tránsito del final de siglo.

Querría invitaros a reflexionar sobre algunos de sus aspectos más característicos, sin pretensiones de agotar el tema.

Breve repaso de la vida de don Felipe

Los años de vida de don Felipe Rinaldi fueron setenta y cinco: desde el 28 de mayo de 1856, en Lu Monferrato, hasta el 5 de diciembre de 1931, en Turín-Valdocco. El encuentro con Don Bosco dio estructura y significado a toda su existencia.

En la peculiar historia de la vocación del joven Felipe hay circunstancias que trascienden el camino

vocacional ordinario y hacen pensar en una intervención especial de la Providencia. Eugenio Ceria, su primer biógrafo, afirma explícitamente: «Es un caso mucho más único que raro, el único conocido. A posteriori cabe decir con razón: “digitus Dei est hic”»².

2. E. CERIA: *Vita del Servo di Dio sac. Filippo Rinaldi*. SEI, Turín, pág. 38.

Don Bosco vio y confesó a Felipe adolescente en el colegio recién abierto de Mirabello Monferrato, cerca de Lu, el 9 de julio de 1867. Desde entonces no lo perdió de vista. Aunque el muchacho, por el desaire injusto de un asistente, abandonó el colegio antes de tiempo, el buen padre aprovechaba cualquier ocasión para mandarle saludos, hacía que le escribieran y lo invitó muchas veces a que se fuera con él.

Es posible que en su único coloquio con Felipe le indicara el camino del sacerdocio, pero el muchacho no aspiraba a él: se creía sin dotes y se juzgaba indigno. Resistió cerca de diez años: «Religioso, sí; pero sacerdote, no.»

Finalmente, a los veintiuno, en un nuevo encuentro, querido por Don Bosco, en el colegio de Borgo San Martino el 22 de noviembre de 1877, se declaró dispuesto y aceptó ingresar en la original comunidad de los *Hijos de María* (vocaciones tardías), abierta no sin dificultades por Don Bosco en Sampierdarena: la dirigía Pablo Albera, a quien Felipe había conocido de asistente en Mirabéllo y con el que había trabado amistad.

Mucho después, en una nota íntima de diario, refiriéndose a aquella fecha pedía con humildad: «Que el Señor y la Santísima Virgen hagan que, después de haber resistido tanto a la gracia, no abuse más de ella. Sí, Madre mía santísima: antes morir que no corresponder a mi vocación. Haz que con el presente y el porvenir repare mi pasado»³.

3. E. CERIA, o.c., página 24.

Tras un par de años de estudios acelerados, el

curso 1879-1880 hizo el noviciado en San Benigno, bajo la dirección de Julio Barberis.

En sus posteriores pasos hacia el sacerdocio hallamos de nuevo la intervención extraordinaria de Don Bosco, que lo seguía con un interés a primera vista inexplicable y que le animaba, por obediencia paterna y convincente, a las diversas ordenaciones. El 23 de diciembre de 1882 recibió finalmente el presbiterado. «Fue Don Bosco —confesaría— quien me trazó el camino y me mandó recibir las sagradas órdenes, sin que yo lo indicara o pidiera ni a él ni a nadie»⁴.

Podemos preguntarnos por qué este modo insólito y a qué se debió el proceder excepcional y seguro de Don Bosco. Verdaderamente en la historia vocacional de Felipe y en el actuar de Don Bosco hubo, mientras estuvieron en relación personal, algo singular que escapa a las simples consideraciones externas y le condujo a una meta precisa que, para nosotros hoy, es claramente providencial.

Así lo reconocería más tarde don Felipe, plenamente convencido, cuando declaró a los miembros del Capítulo Superior, con ruego de no decirlo a nadie mientras viviera, que había visto dos veces, en Mirabello y en Borgo San Martino, el rostro de Don Bosco irradiando una luz más viva que la del sol, y que posteriormente, en 1886, lo vio así otra vez⁵.

A los nueve meses de la ordenación sacerdotal —tenía veintisiete años—, Don Bosco le nombra director de los Hijos de María, trasladados de Sampierdarena a Mathi el primer año y después a Turín (San Juan Evangelista). El joven director tuvo el privilegio de ir semanalmente a hablar con Don Bosco, ya anciano, sobre la marcha de la obra y a confesarse con él. Alguna vez le invitó a las reuniones del Consejo General (entonces Capítulo Superior). Gozó, pues, de una confianza sin-

4. *Summarium*, pág. 548, doc. XIV.

5. Cfr. E. CERIA, o.c., pág. 23.

gular por parte del Fundador precisamente en los últimos años, dolorosos pero lúcidos, de su ancianidad. Un día pidió al buen padre que le mandara a las misiones: según contaría a los miembros de su comunidad, le respondió: «“Tú no irás; te quedarás aquí para mandar a otros.” Después me dijo otra cosa que no diré ni a vosotros ni a nadie»⁶.

6. *Ibidem*, pág. 46.

Considerando estas relaciones tan particulares de Felipe Rinaldi con Don Bosco, resulta natural y espontáneo pensar en las gracias extraordinarias con que el Señor acompaña la obra de un fundador. También en otras personas del entorno de Don Bosco hay, en los primeros orígenes salesianos, circunstancias humanamente inexplicables. Recordemos el papel decisivo de san José Cafasso y de Pío IX, el encuentro y formación de ciertos jóvenes, tales como Miguel Rúa, Juan Cagliero, Pablo Albera y, más tarde, María Dominica Mazzarello, por no hablar de otros. Nos hallamos ante una constelación de colaboradores diferenciados en la que hoy podemos incluir a Felipe Rinaldi, dada la labor que desarrollaría por la pervivencia del legado del Fundador.

Poco después de morir Don Bosco, Felipe Rinaldi fue nombrado, en otoño de 1889, director de Sarriá (España), donde conoció, durante dos años, a doña Dorotea Chopitea, viuda de Serra e insigne y santa cooperadora. En el verano de 1892 comenzó a ser inspector de la Península Ibérica, cargo que desempeñaría diez años en medio de la sorpresa y admiración general dentro y fuera de la Congregación.

En 1901 don Miguel Rúa lo llama a colaborar con él en calidad de prefecto general, vicario del rector mayor. Tenía cuarenta y cinco años. No estará de más recordar que hasta 1923 el prefecto dirigía también la administración central. Don Felipe permaneció en este cargo durante los manda-

tos de don Miguel Rúa y de don Pablo Albera: hasta 1922. En dos ocasiones tuvo que hacer, en veinte años, de rector mayor, por defunción del titular.

En carta sin fecha, presumiblemente al morir don Pablo Albera, escribió: «Ahora pido al Capítulo que elija un prefecto joven. Es un puesto que requiere mucha actividad y trabajo. Cuando se llega a viejo es difícil soportar toda la responsabilidad de un prefecto general de los Salesianos. El cargo lo quiso así Don Bosco, y no debe cambiarse. A mi edad habían cedido las armas Victorio Alasonatti, Miguel Rúa, Celestino Durando y Domingo Belmonte, y ello cuando aún la Congregación no requería el trabajo tan complejo que hoy necesita. Digamos también que con un rector nuevo hace falta un hombre maleable a las nuevas aspiraciones y necesidades personales. Puede afirmarse también que necesitamos que en el Capítulo [actual Consejo General] entren jóvenes, a los que, si lo deseáis, uniremos nuestro consejo»⁷.

El XII Capítulo General elegía rector mayor a don Felipe Rinaldi el 24 de abril de 1922 —tenía sesenta y seis años—; lo fue hasta su muerte, casi al final de 1931.

7. *Archivo salesiano central*, 9.132 Rinaldi.

En la cumbre al mediar el primer siglo salesiano

Será útil ambientar brevemente los años de las altas responsabilidades de don Felipe en el Consejo General durante los primeros decenios del siglo. Casi treinta años estuvo en la cumbre de la vida salesiana, sobre todo de 1922 a 1931 como tercer sucesor de san Juan Bosco, cuando comenzaba —solía decir él— una época nueva de la vida salesiana.

Si queremos interpretar su misión histórica es legítimo pensar que desempeñó un papel de peculiar relieve, cuya conciencia tuvo de algún modo. Pocos meses antes de morir escribía: «Me parece que desde hace tiempo no deja de decirme Don Bosco: “Date prisa y no te canses de repetir a mis hijos, ahora confiados a tus cuidados, lo que hice y enseñé para ser verdadero salesiano según el modelo que desde el cielo se me había indicado para enseñanza de nuestra Sociedad”»⁸.

8. *Actas del Capítulo Superior*, 26 de abril de 1931, núm. 56, pág. 933.

9. Cfr. *1 Juan* 1,1.

Es significativo leer en una circular de 1925 algunas afirmaciones que recuerdan el famoso texto del evangelista Juan cuando habla de «lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palpamos nuestras manos»⁹, pues dice a los salesianos que «tuvo la suerte de tratar familiarmente con Don Bosco muchos años, durante los que podemos decir que respiramos la santidad que aparecía en sus miradas, palabras y acciones por mínimas que fueran [...] Su voz amable e inolvidable pronunciaba la palabra que, desbaratando nuestros primeros ideales, unía a él indisolublemente todo nuestro porvenir»¹⁰.

10. *Actas del Capítulo Superior*, 24 de febrero de 1925, núm. 28, páginas 344-345.

Para comprender mejor la figura de don Felipe debemos ir, al menos con breves referencias, al contexto ambiental de aquellos años. Es un ambiente cultural de casi diez años antes de la segunda guerra mundial (1939-1945), portadora de numerosos cambios; en la Iglesia el contexto se caracteriza por formas y estructuras eclesiales todavía lejanas del Vaticano II.

Recordemos rápidamente, por ejemplo, algunos datos: la vivacidad de la cuestión social, la delicada crisis modernista, las batallas coloniales, las oscilaciones de los valores económicos, el flagelo de la primera guerra mundial (1914-1918), la promulga-

ción del Código de Derecho Canónico (27 de mayo de 1917), el surgir de ideologías y nacionalismos, las luchas políticas, el lento despertar de los católicos en lo social, las vejaciones de los partidos, la suspirada realización de los pactos lateranenses mediante el concordato entre la Iglesia y el Estado italiano (1929) y, en fin, el ya peligroso comienzo de los totalitarismos.

Por lo que se refiere directamente a la vida salesiana, influyeron con fuerza los hechos siguientes: ante todo, el decreto de 24 de abril de 1901 sobre el director-confesor, que hizo sufrir no poco en nuestra Congregación; después, las famosas *Normae secundum quas* para la autonomía de las Hijas de María Auxiliadora (1901); además, durante varios años, el primer conflicto mundial, que vio militarizados a dos mil salesianos, casi la mitad entonces de los miembros de nuestra Congregación; la gradual preparación, en sucesivos capítulos generales, de una reglamentación más detallada de nuestra vida, mediante la reestructuración global de las Constituciones, para acomodarlas al nuevo Código de Derecho Canónico, promulgado poco antes de su rectorado.

Hay que añadir, tras la primera guerra mundial, la llegada de numerosas vocaciones y la necesidad de formarlas convenientemente.

También le tocaron a don Felipe celebrar, de 1922 a 1931, diversos jubileos de oro, que aprovechó para centrar la atención en elementos vitales de la vida salesiana. Sus circulares nos recuerdan varios. Había que meditar en cincuenta años de memoria y hacer propósitos. Por ejemplo, el jubileo de la fundación del instituto de Hijas de María Auxiliadora (1922), el de la aprobación de nuestras Constituciones (1924), el de las misiones (1925), el de la obra vocacional de María Auxiliadora (1926), el de los Cooperadores (1926), el del sueño de los

11. *Actas del Consejo Superior*, abril-junio de 1981, núm. 300.

12. Cfr. *Actas del Capítulo Superior*, 24 de enero de 1924, núm. 23, y 24 de octubre de 1924, núm. 26.

13. Cfr. *Actas del Capítulo Superior*, 24 de abril de 1925, núm. 29.

diez diamantes (1931), al que don Felipe daba una importancia especial¹¹, y el centenario del sueño de los nueve años, que se calculaba tenido en 1825 y cuya significación deseaba que ocupara el centro de las reflexiones salesianas, porque contenía en germen el espíritu de las Constituciones¹².

Sumemos a tales acontecimientos dos importantes beatificaciones: la de José Cafasso (1925) y, sobre todo, la de Don Bosco (1929). Ambos habían sido amigos íntimos durante veinte años; dos santos eminentes, con dos misiones muy distintas; uno de sencillez y de formación del clero, el otro de creatividad apostólica y de educación cristiana de la juventud necesitada y popular¹³.

A la luz de estas sucintas referencias al contexto de su vida de superior vemos que don Felipe figura en la historia de la familia salesiana en una perspectiva de alto nivel y con eficacia particular. Durante su rectorado se producía, poco a poco, el paso a generaciones que no habían conocido al Fundador. Por tanto, no habían recibido de él, en contacto directo, la formación salesiana; sin embargo, tenían que asimilar, custodiar y desarrollar su legado.

El beato Miguel Rúa había sido guardián fidelísimo, que supo evitar con inteligencia y aliento los peligros que algunos, fuera de la Congregación e incluso desde puestos muy altos, preveían para cuando muriera el Fundador. Ahora, no obstante la valiosísima obra del primer sucesor, los tiempos cambiaban y nacían nuevos retos.

El patrimonio salesiano debía conservar su autenticidad y, para el paso a las nuevas generaciones, se requería un mediador sólida y atrayentemente ligado a Don Bosco. También era necesario prevenir los peligros que podían derivarse de la expansión de la familia salesiana y de su encuentro con culturas cada vez más diversas. Los tiempos

exigían capacidad para desarrollar las riquezas contenidas en el carisma del Fundador, algunos de cuyos gérmenes aún no habían podido manifestarse del todo en su primer desarrollo.

Era igualmente preciso consolidar las estructuras, que por necesidad se hacían más complejas, sin sofocar la autenticidad y la sencillez del espíritu. Se asomaba, en particular, el vasto problema de la formación, a la que habría que destinar un número cada vez mayor de hombres específicamente preparados y fieles, y abrir, para ella, válidos centros de formación y de estudio.

A este cambio generacional colaboraron no pocos salesianos eminentes por intensidad espiritual y fervor apostólico; nunca faltaron hombres de temple digno de loa. Por otra parte, gracias a Dios y a pesar de sus defectos, la Congregación no había sufrido, hasta entonces, crisis graves. Sin embargo, creo poder decir que entre los beneméritos no aparece ninguno con la importancia, eficacia y peso histórico de don Felipe.

Además de haber vivido en contacto íntimo con el Fundador, había colaborado directamente durante veinte años con don Miguel Rúa y don Pablo Albera. Por si fuera poco, uno y otro habían dejado a su responsabilidad personal numerosos asuntos de los más difíciles y delicados, que le permitieron adquirir amplia experiencia en todos los sectores de la vida salesiana. Aunque con humildad, bondad y sencillez, estuvo en la cumbre de la Congregación en una hora de cambio y guió su consolidación en la Iglesia. Se ganó a los salesianos irradiando una santidad en la que brillaban los elementos esenciales y característicos de Don Bosco: la interioridad apostólica, la iniciativa pastoral, la bondad paterna. Hizo que apareciera nuevamente ante todos la figura del Padre, y se le definió su *imagen viviente* o, como afirmó Juan Bau-

14. E. CERIA, o.c., *Pre-messa*, pág. 5.

tista Francesia: «De Don Bosco sólo le faltaba la voz; lo demás lo tenía todo»¹⁴.

La delicada elaboración del texto de nuestra Regla de vida, tras la promulgación del Código de 1917, le estimuló a procurar que los salesianos reflexionaran sobre su estrecho vínculo con la herencia del Fundador. El mismo lo afirmaría en el cincuentenario de la aprobación de las Constituciones. Al contemplar la refundición del texto, aunque había sido más bien jurídica, insiste en la calificada mediación de las Constituciones en cuanto portadoras del espíritu del Fundador. «Son —asegura— el alma de nuestra Sociedad. Así fue el alma de toda la vida de Don Bosco; de ahí que su historia sea su vida entera ...: primero escribió sus artículos en el ánimo y en la vida de quienes había elegido para hijos suyos ... Nuestras Constituciones, al modificar de cuando en cuando los colores de sus líneas secundarias, no sólo no pierden la luz primitiva, sino que se hacen cada vez más fecundas de bien»¹⁵.

15. *Actas del Capítulo Superior*, 24 de enero de 1924, núm. 23, páginas 177-178.

Es verdad —había escrito un año antes en otra circular— que nuestras Constituciones «han ido sufriendo no pocas variaciones, sugeridas por las congregaciones romanas o impuestas por las leyes positivas de la Iglesia ... La elasticidad de adaptación a las formas de bien que continuamente van surgiendo en la humanidad *es el espíritu propio de nuestras Constituciones* ... El salesiano que las observa puntualmente se convierte, casi sin advertirlo, en otro Don Bosco»¹⁶. «En sustancia son las mismas de siempre, están penetradas por el soplo de la vitalidad que brota del santo Evangelio, el cual es, precisamente por esto, de todos los tiempos, siempre rico en nuevas fuentes de vida»¹⁷.

16. *Actas del Capítulo Superior*, 6 de enero de 1923, págs. 41 ss.

17. *Actas del Capítulo Superior*, 24 de julio de 1927, núm. 40, página 573.

Insistía en la recomendación de meditar atentamente las circulares de don Miguel Rúa y de don Pablo Albera (estamos en 1923) para inter-

pretar correctamente nuestro espíritu. «En el padre Rodríguez —era entonces el texto más usado en la lectura espiritual comunitaria— encontramos a menudo, junto a óptimas enseñanzas ascéticas, muchas cosas que para nosotros carecen de importancia. ¿Por qué, pues, no leer nuestras cosas, escritas por nuestros padres con sumo amor y sencillez?»¹⁸.

Era el gran custodio e intérprete del verdadero espíritu salesiano; veía contenida en él la vitalidad del futuro; por ello, procuró ahondarlo, comentarlo y hacerlo estudiar y documentar. Así consolidó la plataforma para el gran salto hacia la mayoría de edad de toda nuestra familia.

18. *Actas del Capítulo Superior*, 6 de enero de 1923, núm. 17, página 45.

Su admirable espíritu emprendedor

El tercer sucesor de san Juan Bosco es poco conocido entre nosotros. Al menos para mí ha sido una especie de descubrimiento el dedicarme a leer y reflexionar sobre su vida y sus actividades. Me parece conveniente indicar, en un primer momento, el cúmulo e importancia de sus actividades para, después, ahondar mejor en su mensaje.

Había que custodiar y guiar un carisma adolescente —valga el adjetivo— en pleno crecimiento; era preciso, pues, cultivarlo y nutrirlo con la linfa más genuina del Fundador.

Pronto se le confió a don Felipe Rinaldi esta labor, primeramente como encargado de formar las vocaciones tardías («Hijos de María»), original quehacer de futuro, en que le guió personalmente Don Bosco; luego fue lanzado a la Península Ibérica, donde se convirtió en primer protagonista del trasplante del carisma a otra cultura; finalmente, se le llamó al vértice del todo, como vicario general y rector mayor.

19. D. T. DONADONI: *La bontà si è fatta uomo*. LDC, Turin, 1963, pág. 46.

Contemplemos un momento sus realizaciones. Se abrirá ante nosotros un panorama insospechado; en él aparece a veces —como ha escrito alguien— un «apóstol casi clandestino»¹⁹. Tener una idea de ello ayudará a no tergiversar su figura y a entender su misión histórica.

Don Felipe, bajo un exterior de sencillez y afabilidad, era verdaderamente un hombre dinámico y creativo; de pronunciada tendencia a la acción, serena pero robusta; audaz en sus iniciativas, pero siempre guiado por la prudencia; defensor celoso de la herencia recibida, no se acobardaba ante las novedades cuando intuía que se ajustaban al espíritu de Don Bosco y lo desarrollaban. Poseía una inteligencia práctica particularmente aguda. Era reservado y recogido en su porte exterior, pero captaba con ojo seguro el ambiente y las situaciones que le rodeaban, e intuía rápidamente el modo de adaptarlas y aprovecharlas en sus iniciativas. No le pasaban inadvertidos los cambios de los tiempos —en mejor o en peor— y sabía responder a las exigencias nuevas que comportaban. Era respetuoso con quienes trataba, incapaz de imposiciones autoritarias, pero tenía la habilidad para atraerlos con bondad y hacerlos sus colaboradores. No alardeaba de erudición ni de competencias especializadas, e incluso tenía baja estima de sí mismo, pero era rico de penetrante observación, de creatividad y de sentido común. De hecho, realizó con éxito obras de atrevida originalidad para el tiempo en que vivió, anticipadoras de futuro.

En una palabra, fue un verdadero realizador, aunque sin arrollar, un emprendedor sereno y prudente cuyas obras y enseñanzas siguen en pie.

— *Cuando lo mandaron a España*, hizo de ella su patria de adopción y la quiso —certifica monseñor Marcelino Olaechea, arzobispo salesiano de

Valencia— como si hubiera nacido en ella»²⁰. Lo cual indica una capacidad especial de adaptación, acompañada de valoración de las personas, de la cultura y del ambiente.

Se dedicó con pasión a familiarizarse con la lengua castellana y hasta con el catalán. Adquirido un dominio suficiente de la lengua de Cervantes, leyó y releyó una y otra vez el Quijote, porque «le enseñaba mucha filosofía práctica y, sobre todo, el arte de comprender y tratar a los hombres y gobernar a los súbditos que Dios le daba, a más de aventarle los sinsabores y aumentar su caudal de santa alegría»²¹.

En nueve años —como recordaría don Pedro Ricaldone en los procesos— fueron veintiuna las casas que abrió: milagro de actividad y de acierto en la promoción de las vocaciones y en la selección de las personas. Cuando hubo de regresar a Turín, se erigieron en la Península Ibérica cuatro inspectorías: la portuguesa y, en España, la tarraconense (Barcelona), la céltica (Madrid) y la bética (Sevilla).

También trabajó mucho por la presencia y desarrollo de las Hijas de María Auxiliadora. Las guió en su expansión, sobre todo por Andalucía. Sólo tenían la obra de Sarriá; él las estimuló y ayudó en nueve fundaciones. «Cuando llegó a Barcelona había cuatro profesas y tres novicias; al marchar eran, respectivamente, sesenta y tres y treinta y una, casi todas españolas»²².

No parece exagerado afirmar que fue el gran protagonista de los comienzos de la obra salesiana en la Península Ibérica y que en ella sembró —cosa significativa— una sólida y fiel tradición del espíritu de Don Bosco.

Tenía razón monseñor Olaechea al afirmar con simpático entusiasmo: «Si un día la voz infalible de la Iglesia eleva a este siervo de Dios al honor

20. *Summarium*, pág. 365, núm. 1.238.

21. R. FIERRO: *El siervo de Dios don Felipe Rinaldi*. SEI, Madrid, 1960, 2.ª ed., pág. 76.

22. L. CÁSTANO: *Don Rinaldi*. LDC, Turín, 1980, págs. 78-79.

de los altares, gran gozo habrá en toda la Congregación; pero lo habrá particularmente en España, en la España que él llevó acariciada en su corazón hasta la muerte, y cuyas tristezas previó como profeta»²³.

23. R. FIERRO, o.c., página 5.

— Cuando trabajó en el vértice de la familia como *vicario del sucesor de Don Bosco*, no restringió su labor a los quehaceres administrativos de prefecto general de la Congregación salesiana. Era, naturalmente, una onerosa vida de despacho, que llevaba consigo graves responsabilidades en los casos más difíciles. Piénsese, por ejemplo, en el hecho de Varazze (1907) y, más tarde, en el de Marsala (1909): toda la interminable y delicada acción judicial que siguió por lo de Varazze estuvo en sus manos.

Que el cargo de prefecto general lo desempeñara con sentido de responsabilidad y eficacia lo dice claramente su reelección por tres veces, sirviendo a dos rectores mayores, bastante distintos de él por carácter y mentalidad.

Sorprende el número de actividades, la variedad de intereses y su clarividencia de iniciativas.

Siempre de pleno acuerdo y con virtuosa dependencia del rector mayor, fuera don Miguel Rúa o don Pablo Albera. Puede ser iluminador cuanto señala Eugenio Ceria en su biografía a propósito del segundo: «Don Felipe, hombre positivo y de acción, siendo hasta el final —por decirlo con un término corriente— un dinámico, es decir, de iniciativas osadas, tenía que entenderse las con un superior [Pablo Albera] que era —predominantemente, cabría decir— de ideas generales y temperamento más bien estático y vacilante a la hora de acometer algo nuevo, donde solía detenerse en valorar los aspectos difíciles e inciertos»²⁴. Por si fuera poco, era influenciable de manera ne-

24. E. CERIA, o.c., página 137.

gativa precisamente con respecto a tan valioso y humilde colaborador.

Veamos, procediendo por breves referencias, cuáles son los principales campos de su actuación en el vértice de nuestra Sociedad.

Durante su período de prefecto general

A) El primer campo son *los seglares*. Don Felipe demuestra aquí un interés verdaderamente anticipador.

• Vigorizó y promovió la Asociación de *Cooperadores*. Entonces solía encargarse de ella personalmente el rector mayor por medio de un delegado. Don Felipe vio que las cosas no funcionaban por falta de organización, e insistió ante don Miguel Rúa para que abriera una oficina central, presidida por el prefecto y compuesta de tres consejeros y los secretarios que hicieran falta. Seleccionó el personal, estimuló la acción de los inspectores y directores, promovió diversas iniciativas de formación y de compromiso apostólico, distinguió claramente cooperadores y bienhechores, fomentó la incorporación de jóvenes que hubieran cumplido dieciséis años; más tarde, en 1917, mandó hacer una nueva edición del Reglamento simplificando las inscripciones, procuró que los centros locales fueran dinámicamente vivos, fue organizando y completando los cuadros de animadores; dio también, con miras a esto, particular relieve al Boletín Salesiano.

De 1903 a 1930 hizo celebrar nueve congresos internacionales: cuatro en Italia y cinco en América. Vale la pena advertir que el de 1920 marcó un giro en la organización y marcha de los Cooperadores salesianos.

Su preocupación de fondo era lograr que vivieran con actualidad el verdadero espíritu de Don Bosco.

• *Con los Antiguos Alumnos* la acción de don Felipe Rinaldi fue todavía más original y rica en resultados, con perspectiva internacional y mundial. De ello hablé en otra circular²⁵. Aquí lo recuerdo brevemente.

25. *Actas del Consejo General*, abril-junio de 1987, núm. 321.

Hay en el archivo documentos que demuestran cómo estudiaba este asunto con los seglares. Reunió el congreso internacional de 1911 en Valsállice, donde se creó la federación internacional y se constituyeron sus órganos directivos. ¡Era la primera federación internacional de este tipo en las instituciones católicas! De él partió también la idea de que los Antiguos Alumnos erigieran un monumento a Don Bosco en la plaza de María Auxiliadora, cuya feliz realización tuvo lugar en 1920. Para inaugurarla había promovido tres congresos internacionales: de Cooperadores, de Antiguos Alumnos y de Antiguas Alumnas, pues don Felipe fue también el inspirador y organizador de éstas. «Desde que comenzó a dirigir el oratorio femenino acariciaba el grandioso plan de organizar a las antiguas alumnas de las Hijas de María Auxiliadora en una Unión mundial, novedad atrevida sin duda, pero que no lo asustó»²⁶. Puso al frente de la primera asociación a Felisa Gastini, hija de aquel Carlos que había reunido el primer puñado de antiguos alumnos de Don Bosco.

26. E. CERIA, o.c., páginas 223 ss.

• Otro grupo de ámbito femenino objeto de sus cuidados fueron las Celadoras de María Auxiliadora, que más tarde florecerán en el actual instituto secular de *Voluntarias de Don Bosco*.

En 1908 selecciona de entre las Hijas de María a las llamadas «Celadoras del Oratorio». En el

primer congreso de Antiguas Alumnas (1911), se propone una asociación de Hijas de María en el siglo; más tarde (3 de octubre de 1916) les prepara un borrador de estatuto con siete puntos; el 20 de mayo de 1917 convoca la primera reunión: es el comienzo oficial. Vence no pocas dificultades e incomprendiones; finalmente logra que se apruebe el primer reglamento con dieciocho artículos para la «Asociación de Celadoras Salesianas» (julio de 1918); el 26 de octubre de 1919 acompaña a las siete primeras profesiones; poco después (noviembre de 1920) hace que elijan un Consejo para admitir a las nuevas (¡autonomía laical!: 29 de enero de 1921). El 8 de octubre de 1922, presidiendo una renovación de votos, insiste en su espíritu salesiano y ve en ellas a las primeras consagradas que siguen a Don Bosco en la sociedad civil²⁷.

A primera vista parece cosa de nada, como sucede con cualquier semilla, pero encierra una novedad eclesial. «Aquí —escribe un biógrafo— don Felipe concibió y actuó una forma nueva de vida consagrada en el mundo, y puso las bases de un instituto que hoy le reconoce y honra como inspirador y padre. Cabría decir que es su obra más acertada y personal»²⁸. Nadie pretende afirmar que pensara explícitamente en un instituto secular como los de hoy: sería una pretensión anacrónica. Sin embargo, lo cierto es que intuyó y siguió un camino que llevaba a la secularidad consagrada y que, al hacerlo, «se propuso recoger un ideal de Don Bosco no realizado, y darle forma»²⁹.

• Otra iniciativa laical que debemos recordar es la *Unión Don Bosco de profesores*. Algunos de éstos, dirigidos espiritualmente por don Felipe, lanzaron la idea de crear, entre los maestros y profesores, una asociación apolítica de inspiración cristiana. Inmediatamente intuyó el bien que pro-

27. Cfr. L. CÁSTANO, o.c., págs. 118 ss.; cfr. E. CERIA, o.c., páginas 216 ss.

28. L. CÁSTANO, o.c., página 118.

29. *Ibidem*, pág. 127.

30. Cfr. E. CERIA, o.c., págs. 331 ss.

duciría en sus miembros y en la educación que impartieran en las escuelas públicas. Hizo suya la iniciativa y dio vida a una Unión original, de la que, con su alto prestigio, fue primer animador³⁰. Presentaba tres características que le agradaban en sumo grado: era asociación de seglares, se proponía la educación moral de la juventud y quería seguir los criterios del sistema preventivo de Don Bosco. También esta asociación fue, en Italia, la primera de su género en el área de inspiración cristiana. ¡Don Felipe no buscaba ser el primero, pero su celo apostólico le llevaba a posiciones de vanguardia!

• Otro campo donde aparece muy positivo su espíritu laborioso y creativo es la *comunicación social*.

Eran pocos quizá los que se esperaban de don Felipe la preocupación por dar vida a una gran editorial; sin embargo, lo hizo: fundó la Società Editrice Internazionale (SEI). Don Bosco había puesto en marcha diversas actividades editoriales en Valdocco. A pesar de las décadas transcurridas, aún no se había logrado una conveniente organización general. Don Felipe la realizó creando la SEI, para cuyo sostén financiero acudió a los cooperadores y bienhechores de distintas naciones de Europa y América. ¡Igual que el santo Fundador, tenía el sentido empresarial de ciertas obras apostólicas!

Fue, además, el promotor de varias publicaciones y revistas. Por ejemplo, en España *El Oratorio Festivo*, pequeño semanario; prestó particular atención al *Boletín Salesiano*; fundó *Voci Fraterne* y *Unione* para los antiguos alumnos y las exalumnas, respectivamente; la revista *Maria Auxiliatrice*, para su basílica de Valdocco, y *Juventud Misionera* para las misiones.

Desde otro punto de vista, abrió bibliotecas para los jóvenes, organizó círculos de cultura; favoreció la *schola cantorum*, las mutualidades, los servicios médicos gratuitos, etcétera.

Tuvo también la idea de editar una revista para la mujer: es interesante el sentido de actualidad con que concibió este proyecto de publicación femenina (ve la nota treinta y uno)³¹.

B) Uno de los aspectos más significativos, válidos y fructuosos fue, sin duda, su atención paterna a las *Hijas de María Auxiliadora*.

Tuvo que actuar en un momento particularmente delicado cuando, por disposición de la Sede Apostólica, se estableció la autonomía jurídica y administrativa del Instituto, hasta entonces agregado a la Sociedad de San Francisco de Sales. A la vez que se iban transfiriendo poderes, era preciso saber reforzar la comunión en el espíritu y en la misión.

Don Felipe se ganó un reconocimiento general de estima por la buena y razonable división de los bienes materiales entre ambas congregaciones: lo dicen los procesos. Pero obtuvo, particularmente, la confianza de todas y todos por trabajar, con acción continua, paterna y profundamente espiri-

31. *Proyecto de periódico femenino* (Archivo salesiano central, 2.971 I Ms. de don Felipe Rinaldi - 1909).

Unir las fuerzas internas y externas de las Hijas de María Auxiliadora para formar a la mujer, especialmente del pueblo.

Que sea una palestra donde las maestras aprendan a tratar argumentos sociales, para educar a quien lea y formar a quien escriba.

Debe señalar la dirección que hoy debe seguir una mujer influyente (moral, intelectual y materialmente) para realizar un apostolado de educación cristiana social en medio de las hijas del pueblo.

Cómo actuar tal concepto mediante el programa del Periódico:

1, artículo de fondo; 2, medallones modernos de mujeres de acción; 3, economía doméstica; 4, labores femeninas; 5, crónica del movimiento femenino social internacional; 6, variedades; 7, legislación del trabajo de las mujeres; 8, revista de las revistas del mismo género; 9, higiene del trabajo; 10, oportunamente exponer los puntos de doctrina cristiana que disipen los errores más en boga.

tual, para conservar vivo el común patrimonio carismático del Fundador. Las declaraciones en los procesos, acerca de esto, son unánimes y entusiasmadas: los testimonios de las Hijas de María Auxiliadora son los mejores cuando hablan de su santidad personal y de la labor desplegada en favor de la comunión espiritual y apostólica de las, desde entonces, dos instituciones de Don Bosco. Es un tema que debería estudiarse a fondo para tener una visión mejor documentada de la unidad espiritual de nuestra familia. (¡Quiera el Señor que alguna persona calificada se apreste a hacerlo!)

Campo privilegiado de la labor de don Felipe, en colaboración con las Hijas de María Auxiliadora, fue el oratorio femenino de Valdocco desde que, en 1907, empezó a trabajar en él como su director —tal era la costumbre—, sucediendo a Juan Bautista Francesia. Durante muchos años puso en él todo el ardor de su celo sacerdotal y la originalidad de sus iniciativas educativas y apostólicas. Resulta casi imposible entender cómo pudo desplegar tanto trabajo siendo como era prefecto general; pero las declaraciones son tan minuciosas, concordes y autorizadas que no cabe dudar de su objetividad. Dejaba a las religiosas lo que les corresponde; él se limitaba a animar, sugerir, guiar y alentar con optimismo paterno y con iluminada sabiduría. En un clima de fervor compartido, se reunían cientos de chicas y jóvenes; surgían asociaciones según edad y nivel espiritual: se trataba de grupos apostólicos, sociales, culturales y recreativos que algunas testigos relatan y explican con profusión de datos. Tan múltiples realizaciones tenían al oratorio en constante ebullición festiva, y se multiplicaban las vocaciones, a las que también atendía durante las dos horas diarias que confesaba en la basílica. De las jóvenes se pasaba a las familias, al barrio, a los lugares de trabajo, a las

asociaciones católicas diocesanas. El oratorio no era coto cerrado, sino mundo abierto: fermento de bien, al que don Felipe llevaba miembros del laicado católico, a fin de orientar realmente hacia la vida.

Era una gran lección de salesianidad para las Hijas de María Auxiliadora y para sus hermanos, pues don Felipe concebía el oratorio como centro vivo de iniciativas culturales, sociales y religiosas. Lo quería enriquecido con oportunas realizaciones locales; deseaba que se abrieran en los suburbios, como lo hicieron más tarde los de San Pablo y Monterosa, a los que, siendo rector mayor, mimó en Turín. En el masculino de Valdocco fundó, por ejemplo, el círculo *Auxilium*, que luego se hizo famoso en Piamonte. El primer año (1906) los socios pidieron que lo presidiera; aceptó, con el fin de poder preparar dirigentes seculares que luego fueran los responsables de la asociación.

Además de las actividades oratorianas, era generoso en la dirección espiritual de las religiosas y en las conferencias pedagógicas que daba en la casa generalicia de Nizza Monferrato, donde había una floreciente escuela de magisterio: hablaba a las salesianas, a las alumnas de los cursos superiores, a las maestras y a las madres de familia. Sorprende la manera con que supo entender los problemas femeninos, tratando, además de puntos estrictamente pedagógicos, sobre el noviazgo, el matrimonio y la vida conyugal, con una visión verdaderamente pastoral. Supo transferir al mundo femenino el conocimiento y la práctica del sistema preventivo, cuya plena aplicación se había interpretado, hasta entonces, predominantemente desde el punto de vista de las obras masculinas.

Con todo, la mayor aportación a las Hijas de María Auxiliadora don Felipe la realizó como intérprete y defensor del patrimonio espiritual co-

mún. Sor Clelia Genghini declara en los procesos: «El período que va de 1905 a 1913, particularmente de 1905 a 1907, fue verdaderamente crucial. Temían que las sustrajeran completamente a la dirección del superior de la Sociedad Salesiana y, por tanto, poco a poco, al espíritu de Don Bosco ... En tal período, don Felipe, con bondad paterna y sabios e iluminantes consejos, proporcionó inestimable consuelo y ayuda a nuestro Instituto. Prueba de ello son las cartas que escribía en aquel período. En una de ellas, del 5 de septiembre de 1905, decía: “Que el Señor os ilumine. Estáis en el momento más solemne de vuestra vida. Lo único que hace falta ahora es serenidad y gracia de Dios. Yo confío mucho en las nuevas disposiciones, si sabéis inculcar en todo el espíritu de Don Bosco”»³².

32. *Summarium*, páginas 218-219, núms. 756 ss.

Así pues, bien venida la justa autonomía, aunque en perfecta comunión del mismo espíritu. «Para ello —declara sor Teresa Graziano— don Felipe se aproximaba con particular solicitud y prudente frecuencia a las superiores mayores, que, en los primeros años de su rectorado, vivían aún en la casa madre de Nizza. Fue él quien obtuvo que se trasladaran a Turín, frente al santuario de María Auxiliadora, de modo que pudieran participar más intensamente y con mayor comodidad en la vida salesiana y dar más eficacia y hondura a la huella del espíritu de Don Bosco»³³.

33. *Summarium*, pág. 113, núm. 338.

Ponía extraordinario empeño en asegurar la comunión más estrecha en la identidad de patrimonio tan valioso.

En esta delicada circunstancia, fue el hombre providencial, sabio, delicado, paterno, constante e iluminado; daba la impresión de que había recibido del Espíritu Santo una capacidad especial para percibir los rasgos del ánimo femenino: influía con delicadeza en sus corazones de manera realmente

admirable. La dirección espiritual, las cartas personales, los consejos a las superiores, las múltiples formas de orientación, y hasta las mismas correcciones, sirvieron para robustecer la fidelidad y la unión.

Es hermoso ver la franqueza con que hablaba o escribía a las superiores. Por ejemplo, en una carta de 1915 a la benemérita superiora general Catalina Daghero le dice con familiar sinceridad: «Mi deseo ha sido siempre favorecer entre vosotras las ideas que me parecen verdaderamente de Don Bosco. Creo que hasta cierto punto se había exagerado diciendo: “Son monjas, son mujeres; no todo es adaptable entre ellas.” De esa forma, se dejaba correr y, sin darnos cuenta, os hacíais iguales a las demás religiosas. Para eso no hacía falta un instituto femenino más: ¡ya había bastantes!»³⁴.

Son expresiones que recuerdan un clima cultural de antaño, sobre todo en ciertos sacerdotes y salesianos; pero es notable, e incluso diría yo que profético, el hecho de que, frente a las Hijas de María Auxiliadora en cuanto religiosas, nunca tolerara comportamientos menos delicados o juicios nacidos de cierto complejo de superioridad, y que al mismo tiempo exhortara a la madre Catalina Daghero a custodiar celosamente la identidad salesiana común, de la que la venerada cofundadora, María Dominica Mazzarello, había sido celosa intérprete y transparencia viva.

Es mérito, sobre todo, de don Felipe Rinaldi el que ambos institutos, dentro de su legítima autonomía jurídica, hayan sabido conservar relaciones de intensa comunión espiritual, de comprensión mutua, de solidaridad práctica y de colaboración fecunda.

Es hoy, para nosotros, advertencia profética, en una Iglesia que se caracteriza por la comunión y

34. Carta a Catalina Daghero, 28 de diciembre de 1915; *Archivo salesiano central*, 9.31 Rinaldi.

trabaja en la búsqueda apostólica de una nueva evangelización.

Al ser elegido rector mayor, don Felipe consideró un deber personal grave el nombramiento pontificio de delegado apostólico para las Hijas de María Auxiliadora, obtenido de Benedicto XV en 1917 con la valiosa mediación del cardenal Cagliero.

Entre los múltiples servicios y orientaciones merecen recuerdo particular los aguinaldos de año nuevo dados a las Hijas de María Auxiliadora en 1922, 1929, 1930, 1931 y 1932. Solía dar uno diferente a cada grupo, y a veces hasta variaba entre los salesianos —uno para los presbíteros y otro para los coadjutores—, pues dirigía todas sus intervenciones a que cada uno mantuviera en pleno vigor el carácter y la forma que les había dado el Fundador, aunque sin cerrarse nunca a las necesidades de la época.

— *En su período de rector mayor*

Don Felipe Rinaldi, como sucesor de Don Bosco, dejó en manos de su dinámico prefecto general, don Pedro Ricaldone, muchos asuntos de carácter organizativo y ejecutivo, a fin de desempeñar lo mejor posible su cargo de guía y animador, en el que quiso ser, sobre todo, padre.

Sin embargo, no hay que pensar que frenara su espíritu emprendedor. Leyendo las actas de las sesiones del Capítulo Superior durante su rectorado, se comprueba que estaba en el centro del gobierno: muchas iniciativas partían de él, y todas se tomaban de acuerdo con él, aunque en su humildad cedía de buena gana a los otros el aplauso de la realización.

— La labor por la que más palpitaba su cora-

zón era la *formación de los salesianos* y la organización de las comunidades formadoras y los centros de estudio. En sus diez años de rectorado los salesianos pasaron de 4.788 a 8.836, con un crecimiento medio anual de 450; las casas subieron de 404 a 644.

— *La beatificación de Don Bosco* (1929) fue circunstancia que aprovechó para estimular a una concreta y profunda renovación espiritual y apostólica.

— *Una empresa magnánima y concretamente audaz fue la misionera.* En tal sentido, suscitó una especie de movilización: abrió siete aspirantados misioneros y preparó expediciones numerosas y con personal muy joven de novicios y posnovicios. Podemos decir que el impulso misionero de aquellos años dio verdadera consistencia y dimensión mundial al carisma del Fundador, cumpliéndose lo que le había dicho Don Bosco: «Tú no irás a las misiones, pero mandarás a otros.»

— Hay también una iniciativa importante y de futuro que, siendo rector mayor, no pudo realizar, pero que es una demostración más de su admirable espíritu emprendedor: *El proyecto de ampliar la basílica de María Auxiliadora.* Fue él quien lo hizo estudiar, y su deseo, bondad, habilidad y constancia logró superar los animadísimos contrastes que hubo entre los superiores antes de decidir³⁵. «Hay que preparar, en la iglesia madre de la Obra salesiana —escribía a los Cooperadores—, una acogida digna del venerable Juan Bosco para cuando, como esperamos, llegue al honor de los altares.» La ampliación se hizo después de su muerte; pero fue él quien convenció, entre otros, al ecónomo general, Fidel Giraudi, a quien había llamado al Consejo General. Así, el santuario de María Auxiliadora, centro vivo de la familia salesiana, presenta a todos, junto a la Santísima Vir-

35. Cfr. E. CERIA, o.c., pág. 341.

gen, a san Juan Bosco en el monumento de la plaza y en su altar. Se lo debemos al amor filial de don Felipe y a su audaz previsión.

Para concluir esta panorámica de su actividad, podemos formular un juicio global citando el parecer de un salesiano muy competente que al principio se había mostrado algo crítico con él. Se trata de Bartolomé Fascie, que vivió quince años a su lado como miembro del Consejo General. Afirma: «No pocos pensaban que, dada su demora en seguir la vocación, don Felipe sería hombre de cultura limitada y de inteligencia ordinaria. No lo conocían: don Felipe ha sido una de las mentes verdaderamente preclaras de nuestra Congregación, jefe por naturaleza, que, de haber seguido la carrera política, habría podido ser un gran hombre de estado ... Como último de los sucesores de Don Bosco que habían tratado íntimamente con el Fundador, estaba llamado a encarnar en sí el espíritu de Don Bosco, su paternidad y santidad, a fin de poderlas infundir en sus hijos espirituales»³⁶.

36. P. RINALDI: *Sospinto dall'amore*. LDC, Turín, 1979, págs. 90-91.

Cultivador de salesianidad

El vocablo «salesianidad» se viene usando desde hace unos años, incluso en los capítulos generales y en la «Ratio», para indicar un conjunto de aspectos inherentes al patrimonio espiritual, pedagógico, pastoral, religioso e histórico de nuestra vida de Salesianos de Don Bosco. Don Felipe Rinaldi no lo usaba; él hablaba de «espíritu salesiano», en un sentido amplio y concreto que, de hecho, se refería a la vivencia de una tradición ininterrumpida. Se trata de una realidad incrustada en lo cotidiano como experiencia de Espíritu Santo transmitida de generación en generación.

Don Bosco dejó las Constituciones y otros escritos significativos; pero, especialmente, forjó testigos vivos que lograran cuidar y transmitir su patrimonio. Los sucesores del Fundador y los capítulos generales fueron añadiendo otros escritos, ciertamente importantes, entre los que debemos recordar el *Vademécum* de Julio Barberis para los novicios y las *Memorias Biográficas*, que más tarde enriquecieron la posibilidad de conocer la historia vivida. Sin embargo, en las tres primeras décadas del siglo la literatura de salesianidad era más bien escasa. Había que sacar materia —valga la expresión— del propio saco. Es sintomático que don Felipe tuviera conciencia de ello y tomara como algo propio, en cuanto le era posible, este importante quehacer.

Lo llamo «cultivador», y no «maestro», por reservar este segundo término, tan rico y fundamental, para san Juan Bosco, aunque podríamos aplicárselo también a él de forma derivada y dependiente.

Había asimilado de manera íntima el espíritu del fundador: le era congénito, lo expresaba de modo espontáneo y natural, y lo profundizaba constantemente mediante reflexiones originales.

Si pensamos, además, que sus lecturas preferidas eran las de carácter espiritual y ascético y que uno de los propósitos de su primera misa había sido leer todos los años la vida de un santo, donde siempre veía —según confesaba— algún aspecto que iluminara el espíritu de Don Bosco³⁷, debemos reconocer que poseía las dotes necesarias y usaba los medios oportunos para ser un cultivador extraordinariamente autorizado de la salesianidad.

Siendo prefecto general, fue cuatro años a Foglizzo para dar a los estudiantes de teología conferencias de pedagogía, espiritualidad y vida salesiana³⁸. Durante mucho tiempo hizo otro tanto

37. Cfr. E. CERIA, *o.c.*, pág. 43.

38. Cfr. E. VALENTINI: *Don Rinaldi, maestro di pedagogia e di spiritualità salesiana*. Turin-Crocetta, reimpression 1965.

con las Hijas de María Auxiliadora. En ello se demostró testigo fiel, pero también agudo pensador de «gran mente y corazón»: a la objetividad del análisis unía «la modernidad de las concepciones y la asimilación perfecta del espíritu y del sistema de Don Bosco»³⁹.

39. *Ibidem*, págs. 4-5.

Procuraba ser genuinamente fiel a los orígenes, y, al mismo tiempo, se esforzaba por conocer las necesidades de la época; fue simultáneamente «asertor de la tradición y de la modernidad». No se sentía servilmente atado a la letra, sino unido con fuerza y convicción al verdadero espíritu. «Recordemos que nuestra misión —afirmaba— no es dejarnos arrastrar, sino tirar de los demás; no dejarnos cautivar por la impresión del lugar y de las personas adonde vamos, sino imprimir nuestro espíritu salesiano en la formación cristiana de los jóvenes y en el ambiente que nos rodea»⁴⁰.

40. *Actas del Capítulo Superior*, 24 de octubre de 1929, núm. 50, página 800.

De dicho espíritu se hizo constante asertor, recabando sus afirmaciones, sobre todo de la reflexión sosegada y profunda de la experiencia recogida en la tradición viva. No se limitó a tratar algún que otro aspecto; afrontó la vivencia en su conjunto. Su análisis fue, quizá, la primera reflexión general sobre la sustancia de la salesianidad. Los salesianos y las Hijas de María Auxiliadora seguían sus conferencias con aprecio sincero; tanto que nos han llegado en varios cuadernos de apuntes. Por otra parte, fue él quien insistió a Eugenio Ceria para que escribiera sobre san Francisco de Sales⁴¹ y, particularmente, sobre nuestro Fundador en el valioso libro *Don Bosco con Dios*, y a Alberto Caviglia le rogó que trabajara las obras y escritos publicados o inéditos de Don Bosco.

41. *La vita religiosa negli insegnamenti di San Francesco di Sales*. Cfr. *Actas del Capítulo Superior*, 24 de abril de 1926, núm. 34, página 445.

De sus intervenciones (circulares, cartas, aguiñaldos, conferencias, sermones, etcétera) puede afirmarse que su nota dominante es *Don Bosco modelo* y que los temas de la *vida de familia* y del

sistema preventivo constituyen la traducción práctica del espíritu salesiano. «Si fuera posible recoger y ordenar todas las enseñanzas —escribe Eugenio Ceria— que don Felipe iba sembrando por doquier según las ocasiones, tendríamos un tesoro de doctrina ascética»⁴².

El punto vital en que más insistía era la interioridad peculiar que debe caracterizar al espíritu salesiano; se quejaba de que Don Bosco no fuera aún suficientemente conocido en esto. «Fijaos bien —decía en sus últimos años a los estudiantes de teología de la Crocetta— en que la verdadera fisonomía del Padre no nos la dan sus obras...; la verdadera grandeza y la fisonomía auténtica de Don Bosco sólo se podrá y se deberá conocer a partir de su vida interior»⁴³.

Sería largo considerar aquí los diferentes aspectos de su enseñanza. Nos fijamos sólo en dos temas más característicos: la interioridad y la bondad.

42. E. CERIA, *o.c.*, página 422.

43. *Ibidem*, pág. 439.

Autorizado intérprete de nuestra interioridad apostólica

Don Felipe Rinaldi había comprendido, en el íntimo contacto mantenido con Don Bosco y, más tarde, en su experiencia personal, que la actitud constante de unión con Dios era el secreto de toda la laboriosa vida y del espíritu del Fundador.

En nuestros días no son pocos ya quienes han centrado la atención en este aspecto interior de Don Bosco; quizá nadie lo ha hecho con la fuerza, convicción, insistencia y autoridad de don Felipe. Fue el principal mensaje que quiso legar como testamento a nuestra familia. Sin inmersión total en Dios resulta imposible ser apóstoles. «La vida interior —afirmaba— puede parecer, de algún

44. P. RINALDI, o.c., página 91.

modo, ajena a nosotros, dado que, como salesianos, estamos siempre en acción y ocupados; sin embargo, es precisamente la cosa, la única cosa que hace que seamos religiosos»⁴⁴.

Veía en esta actitud la fuente cristalina de todo, la primera gracia, el verdadero motor oculto de nuestro espíritu. Lo aseguraba con decisión, casi de forma paradójica. «Nuestra santidad —escribía— no consiste sólo en practicar el sistema de vida abrazado mediante la profesión salesiana, ni tampoco en la simple imitación de las virtudes de nuestro Padre; consiste en hacer que la vida salesiana abrazada y la imitación de las virtudes paternas estén animadas por el espíritu de que vivía y con que practicaba las virtudes»⁴⁵.

45. *Actas del Capítulo Superior*, 6 de abril de 1929, núm. 48, páginas 733-734.

En el aguinaldo especial a las Hijas de María Auxiliadora para 1931, sobre la vida interior de Don Bosco, las exhorta a realizar en sí mismas —como les había dicho el Fundador— una síntesis vital entre la actividad de Marta y la contemplación de María; e insiste en que se trata de una «vida interior sencilla, evangélica, práctica y laboriosa». «Don Bosco —leemos en el aguinaldo— unió de modo ejemplar una actividad exterior, incansable, absorbente, vastísima y llena de responsabilidad, con una vida interior que empezó por el sentido de la presencia de Dios —¡qué poder el de aquel “Dios te ve” de su madre!— y poco a poco se hizo actual, persistente y viva hasta el punto de llegar a ser perfecta unión con Dios. De tal modo, realizó en sí mismo el estado más perfecto, que es la contemplación operante, *el éxtasis de la acción*, en la que se consumió hasta el final, con serenidad éxtática, por la salvación de las almas.»

Así pues, el secreto de nuestro espíritu es la unión con Dios como fundamento y por encima de todo; el quehacer apostólico dinámico y creativo brota constantemente del ardor de la caridad

para con Dios. ¡De ahí procede la tan frecuentemente recordada *gracia de unidad* de nuestra caridad pastoral!

Intentemos averiguar mejor la manera con que don Felipe daba hondura a este secreto de la interioridad apostólica salesiana. Analicemos, para ello, tres aspectos: *respirar por las almas*, incansable *trabajo* apostólico y fidelidad cotidiana a la *oración*.

— En primer lugar, *el esfuerzo por vivir de verdad el “da mihi ánimas”*. Don Bosco lo eligió como característica peculiar de nuestro espíritu delante de todos.

La unión con el Señor nos introduce en el corazón de Dios Padre, rico de amor infinito a las almas, es decir, a los hombres —sobre todo a los jóvenes— con miras a su evangelización y salvación. Esta actitud de interioridad la podemos llamar hoy «corazón pastoral»: ¡es la unión con Dios que se hace amor ardiente y operativo a las almas!

Considero importante interpretar, en nuestro lema, el vocablo «alma» no como expresión anticuada y alienante de las vicisitudes de la vida, sino como afirmación de saber captar en la realidad lo que en ella hay de más característicamente humano con los valores trascendentes de la persona y con las exigencias del Evangelio, y cultivarlos operativamente de modo que influyan en el devenir social y ayuden a realizar la misión salvadora del Señor. El vocablo «alma», en nuestra tradición, destaca los rasgos más significativos y valiosos de la persona humana y de su entorno social.

Respirar por las almas es expresión típica de don Felipe para significar el ardor pastoral que procede de la unión con Dios. Nuestro Fundador decía con frecuencia a sus jóvenes: «¿Sabéis por qué os quiere tanto Don Bosco? Porque tenéis un

46. *Ibidem*, pág. 735.

alma preciosísima. Para salvarla, yo hago lo que puedo, pero el Señor hizo mucho más»⁴⁶.

Da mihi ánimas es verdaderamente el lema que contiene en síntesis toda su pastoral juvenil y popular.

Vale la pena incluir aquí la página de una circular de don Felipe escrita casi en vísperas de la beatificación de nuestro Padre.

Trata de individuar el espíritu que animaba a Don Bosco en la práctica de las virtudes. Para ello cita un discurso de Pío XI y comenta su contenido.

«El Santo Padre nos indica un punto luminoso que nunca debemos perder de vista. “¿De dónde sacaba Don Bosco —dice el Papa— la energía inagotable para llegar a tantas cosas? Hay un secreto; lo reveló él de modo continuo en un lema que vemos a menudo en las obras salesianas. Es la frase dictada por el corazón del Fundador: *Da mihi ánimas, cétera tolle* (= dame las almas y llévate lo demás). Ahí está el secreto de su corazón, la fuerza y el ardor de su caridad: el amor a las almas, amor verdadero porque era reflejo de su amor a nuestro Señor Jesucristo, y porque él veía las almas en el pensamiento, en el corazón y en la sangre preciosa de nuestro Señor, de modo que no había sacrificio ni empresa que no se atreviera a afrontar para ganar unas almas tan intensamente amadas.”

»¡Qué hermoso, sublime y atractivo es —comenta don Felipe— todo esto! ¡Cómo amplía los horizontes de nuestro apostolado y de nuestra vida religiosa! Don Bosco había logrado sumergirse totalmente en Dios, en nuestro Señor Jesucristo. Desde ahí, desde esa unión tan admirable, se lanzó tras las almas con el ardor de la caridad del divino Redentor, de manera que ya sólo vivía y respiraba por las almas. Quienes estuvimos a su lado

y gozamos de su familiaridad —verdaderamente única— podemos atestiguar que oímos a menudo, casi de modo sensible, su respirar por las almas, que eran toda su vida. Aquí, queridos salesianos, está el secreto de la excelsa santidad y de las maravillosas obras de Don Bosco; ahí debemos hacer nosotros ahora que confluyan todos nuestros esfuerzos, es decir, debemos hacer que aumente en nosotros día a día, minuto a minuto, el amor a Dios, a nuestro Señor Jesucristo, hasta llegar a la bienaventurada unión que Jesús pidió a su eterno Padre en la oración sacerdotal: “ut unum sint”.

»Para llegar a ser una sola cosa con las almas, antes hay que establecer nuestra vida en Dios, de modo que sean divinos nuestros pensamientos, nuestras palabras y nuestras obras. Entonces, para nosotros las almas no serán más que Jesucristo, y seremos una sola cosa con él para las almas, a ejemplo de nuestro Padre. Entonces comprendemos en toda su profundidad las palabras que Don Bosco repetía al final de su vida: “Yo ya no puedo hacer nada Pero ¡cuántas almas va a salvar María Auxiliadora por medio de los salesianos!” »⁴⁷.

47. *Ibidem*, págs. 734-735.

Hasta aquí la cita.

Creo que no se ha escrito página más penetrante y cautivadora sobre la interioridad apostólica salesiana: describe el secreto para merecer el nombre de hijos de san Juan Bosco; toda nuestra fuerza está en este arraigo vital; aquí se encuentra nuestro primer carisma. Hay que recuperar esta fuerza, meditarla y comentarla, pues nos revela el núcleo fontal de nuestro espíritu.

¡Gracias, don Felipe!

Con razón afirmó Alberto Caviglia que nunca se entenderá a Don Bosco fundador ni su pedagogía y apostolado, si no se parte, como de su principio, de la asimilación de este espíritu.

Desde la óptica de la unión con Dios, don Felipe pudo afirmar: «Para mí Don Bosco es, en nuestro tiempo, una de las personificaciones más espléndidas de la caridad. Su vida no es más que ardor de caridad divina en la inmólación total por el bien de la juventud y por la salvación de las almas: “Quien ama, ha nacido de Dios y conoce a Dios.” ¡Su sistema preventivo no es más que caridad!»⁴⁸.

48. *Actas del Capítulo Superior*, 6 de enero de 1929, núm. 47, página 714.

De los setenta y tres años que vivió nuestro Padre —afirma también don Felipe—, más de sesenta y tres los gastó en salvar almas, sobre todo de la juventud. «Igual que el santo Evangelio nos presenta a Jesús únicamente atento, desde que llega al mundo, a cumplir la voluntad de su eterno Padre, que sólo era la salvación de las almas, así también la vida de Don Bosco nos lo presenta en un apostolado ininterrumpido para salvar almas. Intentad suprimir este hilo de oro de su vida y se quedará sin consistencia; analizadla en sus más pequeños detalles y obtendréis la síntesis radiante del “da mihi ánimas” y del “cetera tolle”. Resumidla en un librito que no contenga más que los puntos esenciales y tendréis en vuestras manos un *evangelio salesiano*»⁴⁹.

49. *Actas del Capítulo Superior*, 24 de octubre de 1929, núm. 50, página 798.

Este hilo de oro suponía un ejercicio continuo de escucha en la fe, o sea, de amor contemplativo, cultivado diariamente con diversos medios de referencia viva al Señor.

— En segundo lugar, como aspecto inseparable del respirar por las almas, don Felipe Rinaldi insiste en el concepto salesiano del *trabajo*. Hace una especie de comentario del «éxtasis de la acción», que, inspirándose en san Francisco de Sales, presenta a las Hijas de María Auxiliadora, en el citado aguinaldo, como el «estado más perfecto de contemplación operante».

Monseñor Evasio Colli, paisano y amigo de don Felipe, subrayaba, en el discurso de trigésima, que su imponente trabajo apostólico era una modalidad de éxtasis. «En este tiempo de dinamismo superficial y deslumbrador, que a veces domina la misma vida religiosa ..., es preciso volver al concepto que san Francisco de Sales ofrecía de la santidad y la perfección cristiana. El espíritu de unión con Dios es como la raíz oculta y humilde, pero siempre activa, del gigantesco árbol de la vida salesiana; es como el interior del edificio, la parte más preciosa, a menudo desconocida por los profanos, que se contentan con admirar su exterior ... De ahí procedía en don Felipe, igual que en Don Bosco, su característica calma serena y confiada, firme y, por tanto, llena de mansedumbre..., por la que aun en las circunstancias más terribles no se desalentaba, de la misma forma que en los triunfos no se exaltaba; siempre igual a sí mismo, serenamente vigilante y sanamente optimista... De ahí que pudiera tratar con idéntica solicitud y visión sobrenatural un caso de conciencia y un asunto financiero»⁵⁰.

Don Felipe Rinaldi había aprendido de Don Bosco la importancia que tiene para nosotros el trabajo apostólico: quien no está dispuesto a sacrificarse cada día en el trabajo, no es para nosotros. Don Bosco es un santo de acción apostólica y caritativa, campo en el que sobresale de forma eminente.

Ahora podemos comprender las expresiones de alegría a que se entregó don Felipe —cosa poco habitual en él— cuando Pío XI promulgó las virtudes heroicas de Don Bosco, tras las numerosas objeciones y dificultades de los procesos. Le emocionó el conocido y magnífico elogio del Papa. «Una de las características más hermosas de Don Bosco —había dicho el Papa— fue la de estar pre-

50. *Discurso de trigésima:* en copia pública del proceso ordinario de Turín, vol. IV, folios 1.137 ss.

sente en todo, atareado en una multitud continua y agobiante de quehaceres, en medio de una cantidad inmensa de peticiones y consultas, y tener el espíritu siempre en otra parte: siempre en lo alto, donde el sereno nunca se turbaba, donde la calma era siempre dominadora y soberana; de modo que en él el trabajo era precisamente oración efectiva y se cumplía el gran principio de la vida cristiana: “qui laborat, orat”»⁵¹.

51. *Actas del Capítulo Superior*, 24 de febrero de 1927, núm. 38: *Discurso del Santo Padre*, pág. 555.

En su primera visita como rector mayor a Pío XI se atrevió a pedirle *la indulgencia del trabajo santificado*. No fue una petición improvisada; era el resultado de un programa de vida que había visto realizado por el Fundador, que él había asimilado y consideraba como una obligación importante que debía transmitir a los salesianos apoyándose en el gesto tan singular y autorizado de la indulgencia eclesial. ¡Lo pedía a un Sumo Pontífice que había intuido personalmente el secreto de Don Bosco!

La audiencia papal fue concedida a don Felipe el 6 de junio de 1922. Se había propuesto pedir este «favor singularísimo para todos mis queridos hijos, para las buenas Hijas de María Auxiliadora, para sus respectivos alumnos y antiguos alumnos de ambos sexos, para nuestros celosos cooperadores y cooperadoras...: un estímulo eficaz que les ayude a ser cada día más activos y simultáneamente a estar más unidos al Señor. Creo que un medio eficaz para ayudar y estimular a todos en esto sería concederles una indulgencia especial que puedan ganar todas las veces que al trabajo, a la enseñanza, a la asistencia, etcétera, añadan alguna invocación devota...

»[El Papa asintió respondiendo en síntesis que] para que la laboriosidad de los salesianos fuera provechosa debía realizarse en unión con Dios, siempre precedida de la santificación personal...

Hasta ahora las indulgencias se concedían a los fieles unidas a ciertas prácticas devotas externas; en adelante los salesianos las ganarán con su trabajo cada vez que incluyan en él alguna invocación devota, por breve que sea. Así conseguirán más fácilmente su santificación personal mediante la unión habitual con Dios»⁵².

También esta página de don Felipe ha de ser meditada despacio. Su interés por la indulgencia del trabajo, como estímulo para vivir la identidad del espíritu salesiano, nos revela su concepto de trabajo: laboriosidad que sea fruto de interioridad apostólica, es decir, de una profundidad espiritual o «santificación personal» que exorcice actitudes de superficialidad, trabajo que manifieste la unión con Dios salvador como la actitud más elevada y plena del espíritu. Sin embargo, la interioridad salesiana sólo es auténtica si se concreta incansable y creativamente en actividad pastoral por la salvación de las almas. Es, por tanto, una acción que personaliza cristianamente el trabajo, superando el activismo meramente externo y el automatismo de la máquina.

Por ello insistía en la santificación del «momento presente», de lo cotidiano, dado que sólo vivimos en el presente y gran parte de éste es trabajo. Al celebrar el tercer centenario de la muerte de san Francisco de Sales, lo presentaba como «apóstol de la santificación del momento presente»⁵³.

La clave está en no creer que el trabajo, en

53. Cfr. *Actas del Capítulo Superior*, 6 de enero de 1923, núm. 17, pág. 36.

52. *Actas del Capítulo Superior*, 24 de junio de 1922, núm. 15, págs. 16-19.

La indulgencia del trabajo quedó extendida por Pablo VI (constitución apostólica *Indulgentiarum doctrina*, del 1 de enero de 1967) a todos los fieles que lo realicen con espíritu de unión con Dios. De esta ampliación deberíamos saber hacer buen uso en el actual relanzamiento de los seglares.

Leemos en el *Enchiridion Indulgentiarum*: «Se concede indulgencia parcial al fiel que, al cumplir sus obligaciones y al soportar las dificultades de la vida, eleve con humilde confianza su ánimo a Dios, aunque sólo sea mentalmente, mediante alguna invocación piadosa» (cfr. *Enchiridion Indulgentiarum*, 3.ª ed., Librería Editrice Vaticana, 1986, pág. 33).

cuanto tal, por su misma objetividad natural, es realmente manifestación genuina de nuestro espíritu; el secreto radica en la persona, cuyo fruto es el trabajo y que, por tanto, tiene su misma fisonomía espiritual. Sólo la persona santificada produce un trabajo que sea oración. De la persona impregnada de caridad pastoral fluye la «gracia de unidad» que realiza la síntesis entre la unión con Dios y el trabajo. En el mencionado aguinado a las Hijas de María Auxiliadora, don Felipe insiste: «El trabajo no puede sustituir a la oración, sino que él se hace oración cuando se posee la vida interior de unión con Dios no a ratos, de cuando en cuando, como si la vida interior fuera un vestido que sólo se usa en las fiestas y durante los ejercicios de piedad y luego se quita cuidadosamente antes de emprender las otras ocupaciones.» La unión con Dios es la verdadera «causa creadora» del trabajo santificado.

— Hay un tercer aspecto, íntimamente unido a los dos anteriores, que explica el secreto del espíritu salesiano: *la oración*, personal y comunitaria.

Un día en Valdocco, impresionado por el agitarse de ciertos salesianos, don Felipe exclamó: «¡Demasiado, demasiado! Luego resulta que no pueden orar con calma ni sacar fruto de las prácticas de piedad»⁵⁴. En el XII Capítulo General (año 1922), después de hablar de la oración, dijo: «No olvidemos que el espíritu es superior a las normas y reglas, y que quienes siempre andan atareados, batallan mucho pero concluyen poco. ¡Con una piedad sólida se hacen milagros!»⁵⁵.

En su proceso ordinario se lee que, habiendo elegido un grupo de salesianos para fijar de modo preciso, con ellos, la característica de nuestro espíritu, uno de los presentes asegura que don Felipe «la formuló con estas palabras: “Laboriosidad in-

54. *Summarium*, pág. 462, núm. 1.597.

55. *Summarium*, pág. 441, núm. 1.524.

cansable santificada por la oración y la unión con Dios»⁵⁶.

Fue él quien fomentó, en la Congregación, la lectura de san Francisco de Sales, especialmente en su famoso *Tratado del amor de Dios*, y de otros libros que movieran a orar; por ejemplo: *El alma de todo apostolado*, de Chautard; *Vida íntima con Jesús*, de F. Macourant, que hizo traducir del francés, y otros del mismo autor sobre la humildad, la pobreza, la obediencia y la castidad, porque su doctrina se inspiraba en san Francisco de Sales, y varias obras de Fáber.

Por su parte, él aparecía claramente ante todos como hombre de oración. «Era —asegura don Pedro Ricaldone— diligente, y diría que hasta riguroso consigo mismo y con los demás, cuando se trataba de prácticas religiosas ... Leía libros de piedad, los meditaba y asimilaba, y su conversación descubría el alto grado de su unión con Dios»⁵⁷.

Al hablar de oración, aquí nos referimos al espacio imprescindible de tiempo que se dedica explícitamente al diálogo con el Señor en las prácticas de piedad de la vida salesiana: meditación de la palabra de Dios, rezo de la liturgia de las horas, lectura espiritual, celebración de la Eucaristía, ejercicio de conversión en el sacramento de la Penitencia, etcétera. Es un espacio diario, por la mañana y por la noche, con tiempos fuertes cada mes (retiro mensual y trimestral) y cada año (ejercicios espirituales). Sin olvidar las iniciativas de oración personal, las visitas frecuentes al Santísimo, el trato familiar con Dios alimentado por continuas jaculatorias y la práctica de dos devociones que don Felipe procuraba difundir con entusiasmo y convicción: la del Sagrado Corazón de Jesús y la de María Auxiliadora, Madre de la Iglesia; las veía perpetuadas en los dos grandes san-

56. *Summarium*, pág. 242, núm. 842.

57. *Summarium*, pág. 286, núm. 1.001.

tuarios erigidos por Don Bosco: la basílica del Sagrado Corazón en la zona romana de Castro Pretorio y la de María Auxiliadora en Valdocco.

Para concluir este argumento de la interioridad apostólica salesiana pienso que será útil incluir algunas reflexiones de quien escribió la primera biografía de don Felipe Rinaldi.

Eugenio Ceria, a quien —como hemos dicho— había invitado a escribir *Don Bosco con Dios*, nos ofrece plena garantía de autenticidad cuando interpreta la personalidad de don Felipe. Este «se nos presenta —dice— con la característica del hombre de vida interior. La practicó él mismo, y la predicó a los demás. Estaba convencido de que, si se quiere vivir según el espíritu de Don Bosco, es necesario no perder de vista su vida interior ... La vida interior es el sentido espiritual que debe acompañarnos, es la presencia de Dios en nosotros, recordado, invocado, amado ... Fijaos en que la verdadera fisonomía de Don Bosco no la dan sus obras ... La vida religiosa es vida interior, vida del espíritu; quien quiera salvar almas debe tener el espíritu de Dios ... Hay familias religiosas que sólo se dedican a la vida contemplativa; pero no puede haber familias religiosas que no tengan que cultivar la vida interior, aun estando dedicadas a obras de apostolado ... Por ello quería que se estudiara a Don Bosco para imitarlo en su vida interior ... He aquí una especie de lugar común en sus exhortaciones, máxime al final de su vida ... En un coloquio familiar del 3 de marzo de 1930 afirmaba que aún no se había escrito la vida interior de Don Bosco. Es difícil, pues no la manifestaba mucho. Habrá que deducirla de sus sueños, escritos y cartas, así como de la tradición ... Si se quiere hablar de él, hay que hacerlo como Chautard cuando se refiere al apóstol. E insistía: Don

Bosco no es conocido como debería serlo ni siquiera entre nosotros, los salesianos. Fácilmente se tergiversa su figura. Don Bosco es todo de Dios y con Dios. Si trabajaba, si se ponía en movimiento, era únicamente por las almas: no veía más que almas»⁵⁸.

Después de esta cita creo que no resulta enfático ni exagerado decir que Don Felipe es, en nuestra familia, el intérprete más genuino y autorizado de la interioridad apostólica propia del espíritu de Don Bosco. Baste subrayar que la «gracia de unidad», que asegura la síntesis vital de nuestro espíritu, queda iluminada por don Felipe mediante la maravillosa profundización de los tres aspectos que hemos considerado: el fontal de la mística del «da mihi ánimas», el encarnado del quehacer ascético del trabajo cotidiano y el vitalizante —personal y comunitario— de la oración.

¡Es una visión clara y fundamental!

Asimilar y desarrollar sus contenidos sigue siendo hoy, para nosotros, de la mayor actualidad.

Prototipo de bondad pastoral por su paternidad

La bondad, segunda característica del espíritu salesiano que deseamos comentar, se manifiesta en don Felipe Rinaldi como paternidad.

Prefiero usar en este subtítulo el vocablo «bondad», en vez de «paternidad», por ser más amplio y comprensivo. De todos modos, don Felipe enseñaba, incluso a los novicios —algunos lo recuerdan aún—, que debían aprender a ser padres.

Conviene recordar que él fue superior prácticamente en todo el arco de su vida sacerdotal, es decir, desde 1883 hasta su muerte: cuarenta y ocho años de ministerio. Así, en él la bondad

58. E. CERIA, o.c., páginas 437-442.

propia del espíritu de Don Bosco se fue realizando en un ejercicio paterno de la autoridad: paternidad sincera, constante, suave y fuerte, expresión del amor salesiano a los jóvenes y del espíritu de familia en casa.

Todos los testigos que declararon en los dos procesos celebrados en Turín acerca de sus virtudes coincidieron unánime y calurosamente en afirmar que la paternidad había sido su actitud más eminente y distintiva. Hablaban como si aún se sintieran envueltos en el afecto de su mirada. Cada uno recordaba una sonrisa, una palabra de aliento, una acogida afectuosa, un rasgo de comprensión, perdón y generosidad, un gesto de gobierno paterno, una atención igual para todos, un consejo iluminado, una paciencia inagotable, un coloquio que dio serenidad, una capacidad de sencillez evangélica ante cualquier acontecimiento. Su paternidad iba acompañada de un modo de hacer espontáneo y afable que suprimía distancias e iba directa al corazón, sembrando por doquier tranquilidad y alegría. *El corazón de don Felipe Rinaldi* es el acertado título de una biografía escrita con inteligencia y amor por L. Larese-Cella⁵⁹.

En una de sus últimas circulares escribe, a modo de testamento espiritual: «La tradición más importante y vital para nosotros es la paternidad. Nuestro Fundador no fue más que padre, en el sentido más noble de la palabra; la santa Iglesia lo invoca en la liturgia como padre y maestro.» Y sigue con una perspectiva más elevada: «Toda su vida es un tratado completo sobre la paternidad que procede del Padre celeste: “ex quo omnis paternitas in caelo et in terra”⁶⁰. Don Bosco la practicó aquí abajo en grado sumo, casi único, para con la juventud y para con todos, en las mil contingencias de la vida, aliviando todo género de miserias temporales y espirituales, con plena en-

59. L. LARESE CELLA: *Il cuore di don Rinaldi*. LICE-R. Berruti & C., Turín, 1952.

60. *Efesios* 3,15.

trega y sacrificio propio, según la grandeza de su corazón, inmenso como las riberas del mar, haciéndose todo para todos a fin de ganar las almas de los jóvenes y conducirlos a Dios. Si, pues, su vida no fue más que paternidad, ahora ni su obra ni sus hijos pueden subsistir sin ella ... Me parece estar aún con él gozando de su estupenda familiaridad de mirada, voz, trato y obras: "familiaritas stupenda nimis", también desde arriba»⁶¹.

Como se ve, la bondad que don Felipe exalta en el espíritu salesiano y que no se cansa de recomendar no es sólo expresión de sentimiento humano y natural para con los jóvenes y en casa; es bondad pastoral que viene de lo alto; es decir, brota de la paternidad divina, fruto de la unión con Dios, que convierte el «da mihi ánimas» en metodología de amistad y comprensión. Quien vive el espíritu salesiano se hace pastoralmente bondadoso (paterno y materno) con los jóvenes, con la gente y, mutuamente, con los hermanos y hermanas en casa, porque siente profundamente en su corazón que Dios es padre, que Dios nos ama y se nos da, y quiere que cada uno sea signo y portador de su amor.

Cuando don Felipe hablaba de Dios lo presentaba habitualmente como Padre.

Esto fue, sin duda, su testimonio más atrayente. Monseñor Marcelino Olaechea, vasco de gran temperamento, declaró en los procesos que nunca había conocido un sacerdote que le «hubiera dado una idea más alta de la amorosa paternidad de Dios»⁶².

Alguien, quizá, podría contentarse con mirar esta paternidad sólo en el trato de don Felipe con los salesianos y con las Hijas de María Auxiliadora; en tal sentido, se podría reunir una documentación rica y conmovedora, que en parte puede verse ya en las biografías publicadas hasta ahora.

61. *Actas del Capítulo Superior*, 26 de abril de 1931, núm. 56, páginas 939-940, pág. 333.

62. *Summarium*, pág. 363, núm. 1.230.

Aquí queremos ampliar este aspecto tan característico, a fin de penetrar mejor en el espíritu salesiano y ver por qué éste requiere constitutivamente, en todos los miembros de la familia, una verdadera y perceptible bondad pastoral con los destinatarios.

Es cierto que la paternidad testimoniada y recomendada por don Felipe Rinaldi deben considerarla los directores y superiores (y la paralela maternidad, las directoras y superiores) como nuestra modalidad peculiar de ejercer la autoridad. Lo afirmó repetidamente: «El superior salesiano debe saber que tiene que gastarse. Está a disposición de todos, día y noche. Debe estar pronto a recibir a quien sea y cuando sea. En primer lugar, a su comunidad, sus hijos. Por ellos debe dejar a un lado su propia comodidad, sus libros, otras obras buenas y hasta la oración... Lo que más importa es que sepa escuchar; los salesianos lo necesitan»⁶³.

63. P. RINALDI, o.c., página 95.

Sin embargo, la actitud de bondad salesiana tiene espacios más amplios, referidos ante todo a la juventud. Así lo dicen sus conferencias, sermones, escritos y orientaciones varias, y hasta los billetes que escribe a la Santísima Virgen.

Veamos algunos elementos que ilustran su naturaleza y favorecen su crecimiento. Lo primero, el *amor a los jóvenes*, como aplicación del sistema preventivo, y, después, la importancia del *sacramento de la Penitencia*, el cuidado del *espíritu de familia* en casa y el dominio de sí mismo en la *templanza*.

— El primer elemento fundamental de la bondad salesiana es el que, partiendo del «da mihi ánimas», comporta un *amor de predilección a la juventud necesitada* con intensidad que lleva a la práctica pastoral del sistema preventivo. Se trata, por tanto, de una bondad paterna y materna espo-

leada por las urgencias de salvación de los jóvenes. Es un ejercicio práctico de caridad. «No hay que olvidar —escribe don Felipe— que el salesiano no es teórico de la pedagogía, sino educador... Nuestra pedagogía está escrita en la vida»⁶⁴; sus páginas son el patio de recreo, la sala de estudio, el comedor, la iglesia, el dormitorio, el paseo...

La sabiduría imprescindible del educador salesiano procede a diario de la bondad pastoral, que es amor sobrenatural, como dejó escrito san Juan Bosco: «La práctica de este sistema se apoya totalmente en las palabras del Apóstol: “La caridad es benigna y paciente, todo lo sufre, todo lo espera y lo soporta todo.” De ahí que únicamente el cristiano pueda practicar con éxito el sistema preventivo»⁶⁵.

En sus conferencias pedagógicas don Felipe insiste en la fuerza del corazón, acompañada de un adecuado nivel de conocimientos de pedagogía. El corazón pide que los educadores sean amigos que saben hacerse querer y usen los medios apropiados a un ambiente juvenil (estudio, sí, y religión, pero también música, teatro, deporte, turismo, etcétera), de forma que juntos constituyan una verdadera familia numerosa. «La casa-familia fue el ideal de Don Bosco ... En la educación debemos dirigir la cabeza, el corazón y el alma; con la educación externa difícilmente se llega al corazón, a la cabeza y al alma. Don Bosco decía que para gobernar el corazón es preciso mirar el interior. Tal es la característica de nuestra Congregación. Don Bosco era, para sus hijos, padre, y les ofrecía todo su corazón»⁶⁶.

Así pues, el primer elemento de la bondad salesiana es la vivencia del amor de predilección a los jóvenes en el sistema preventivo.

— El segundo aspecto, muy grato a nuestro

64. *Actas del Capítulo Superior*, 24 de septiembre de 1926, núm. 36, págs. 497-498.

65. *Regolamento per le case della Società di S. Francesco di Sales*. Tipografía Salesiana, Turín, 1877, págs. 3-13.

66. E. VALENTINI, o.c., *pássim*.

Fundador y recordado insistentemente por don Felipe, es el ejercicio de la paternidad espiritual en la *administración del sacramento de la Penitencia*. Es aquí, sobre todo, donde el director, y los salesianos sacerdotes, aprenden a vivir la verdadera paternidad y a crecer en ella. «Según Don Bosco, el educador representa a Dios. Los muchachos necesitan sentir la autoridad divina. Aquí está la razón de las razones. Si ponéis a un joven ante este motivo de orden superior, bajo la mirada de Dios, la cosa resulta sencilla ... Las oraciones, la santa misa y los sacramentos recibidos con frecuencia son un excelente medio de educación. Pero no de disciplina... Cuando la frecuencia no es espontánea y convencida, estropea a los chicos; antes hay que formar en la piedad»⁶⁷.

67. *Ibidem*, pág. 39.

Así pues, celebración del sacramento de la Penitencia en cuanto elemento vitalmente presente en la labor educativa, no como medio mágico o disciplinar, sino mediación de la paternidad divina.

Don Felipe insistía, de manera particular, en la importancia de que los directores y los salesianos presbíteros se dedicaran de buena gana e intensamente a la administración de este sacramento, que es para los sacerdotes un ejercicio concreto de unión con Dios en favor del prójimo. Lamentaba la interpretación demasiado extensiva del decreto de 1901. Este prohibía a los directores que fueran los confesores de los religiosos de su casa, pero nada más. Por ello recordaba insistentemente que la administración y la frecuencia de este sacramento es parte viva del clima de familia de Don Bosco.

También aquí queremos incluir una página muy significativa de las circulares de don Felipe Rinaldi.

«El ejercicio externo de la paternidad se transmite nominalmente al director de la casa ... Don Bosco la transmitió a sus directores en cuanto unida al acto y a la realidad más sublime de la re-

generación espiritual en el ejercicio del poder divino de perdonar los pecados. Don Bosco ejerció ininterrumpidamente durante toda su vida, y con especial predilección, este poder divino en favor de sus chicos. Confesarlos era su ocupación preferida; no la cambiaba por ninguna otra. Apenas se levantaba, los confesaba: durante el día, en toda hora y lugar, y por la tarde, muy a menudo, hasta media noche.

»En cuanto se había ganado la confianza de un joven, lo invitaba a confesarse; lo hacía con tal paternidad sobrenatural, que el chico no sabía negarse, sino que se alegraba y le abría con sencillez su corazón. Lo experimenté yo mismo...

»Don Bosco, con su palabra, hacía amar la confesión... En ella era el gran conquistador de corazones. Palpaba sus maravillosos frutos y le parecía normal que pudieran hacer otro tanto sus sucesores y los directores de sus casas...

»Don Miguel Rúa, apenas llegó la orden a la Santa Sede, dócil y obediente, promulgó normas precisas para la actuación de las nuevas disposiciones en nuestras casas. De esa forma, los superiores y directores dejaron de ejercer su paternidad espiritual sobre sus súbditos. Pero, so pretexto de evitar cualquier inconveniente, al principio se fue más allá de lo que disponía el decreto: los directores dejaron incluso de confesar a los jóvenes, cosa que en absoluto está prohibida a ningún sacerdote aprobado, sea cual fuere el cargo que desempeña en el Instituto...

»Queridísimos inspectores y directores, os suplico, por las entrañas de caridad de nuestro Señor Jesucristo, que recuperéis, en vosotros y en vuestro alrededor, esta tradición de la paternidad espiritual, que por desgracia va extinguiéndose con gran perjuicio de las almas juveniles y de nuestra fisonomía salesiana. Poneos de nuevo a lo que, se-

68. *Actas del Capítulo Superior*, 26 de abril de 1931, núm. 56, páginas 940-942.

gún la mente y el corazón de Don Bosco, debe ser el primero y más importante trabajo del director padre. Sed de verdad padres del alma de vuestros chicos. ¡No abdicuéis de vuestra paternidad espiritual, sino ejercedla!»⁶⁸.

En esta página sentimos vibrar con fuerza la convicción de don Felipe.

Hoy día debemos reflexionar no poco sobre este aspecto, que fue, entre nosotros, la fuente de la paternidad y el medio que aseguraba la bondad pastoral que debería caracterizarnos en la Iglesia. ¡Cuánta responsabilidad tienen los salesianos presbíteros en el crecimiento o disminución del estilo de bondad en toda nuestra familia, y cuánta también, los demás, en crear un clima que favorezca la frecuencia del sacramento de la Reconciliación! Es urgente que de nuevo den importancia a este sacramento quienes deseen vivir la bondad salesiana practicando íntegramente el sistema preventivo.

— El tercer aspecto que asegura, defiende e incrementa la bondad pastoral es el *espíritu de familia* vivido en casa por los salesianos y las Hijas de María Auxiliadora. Es fruto del «da mihi ánimas» que compartimos, exigencia natural de nuestro método educativo y aspecto primordial y constante en el ejercicio de las responsabilidades de quien dirige la casa.

El estilo salesiano lleva consigo constitutivamente la creación de un ambiente de familia donde haya «un solo corazón y una sola alma». Si pensamos que la comunidad local es sujeto de la misión, ¿cómo puede irradiar bondad pastoral sin vivir en gozosa comunión fraterna?

Don Felipe Rinaldi, como superior, se distinguió siempre por la preocupación de crear familia en casa. De él, joven director de Sarriá con treinta y tres años y a pesar de la prestancia de su porte,

decían los salesianos que demostraba más afecto de padre que autoridad de superior. Cuando le nombraron inspector de España, formuló varios propósitos, que podemos resumir en esta significativa expresión: «¡Seré padre!»⁶⁹.

Como rector mayor, escribía a los salesianos: «Don Bosco, más que una sociedad, quiso crear una familia cimentada casi exclusivamente en la paternidad suave, amable y vigilante del superior y en el afecto filial y fraterno de los súbditos; es más, aun conservando el principio de la autoridad y la correlativa dependencia, no quería distinciones, sino igualdad entre todos y en todo»⁷⁰.

El espíritu de familia robustece la comunión fraterna de cara al logro de los objetivos pastorales, sin comodidades burguesas ni arranques individualistas. «El bien que deben realizar los hijos de Don Bosco no falta nunca. En su casi totalidad, los salesianos tienen, además de la ocupación principal que les asigna la obediencia, otras secundarias, que por sí solas bastarían para ocupar a otro salesiano.

»Este plus de trabajo es una especie de característica de la vida salesiana, que se acepta con generosidad ... No cabe ser miembro de nuestra Sociedad sin interesarse, ante todo, por ella: si los socios fueran meramente individualistas, habría llegado su final; los salesianos ya no serían más que una masa sin razón de ser»⁷¹.

Así pues, una bondad compartida en clima de familia unida, plenamente entregada a sus destinatarios e incansablemente activa en la misión común.

— Finalmente, otro aspecto que contribuye a asegurar la bondad pastoral en cada uno de nosotros es la ascesis constante del dominio de sí mismo, es decir, el cultivo de la virtud cardinal de

69. Cfr. E. CERIA, *o.c.*, págs. 93 ss.

70. *Actas del Capítulo Superior*, 24 de enero de 1924, núm. 23, página 179.

71. *Actas del Capítulo Superior*, 6 de enero de 1929, núm. 47, página 710.

la *templanza*, según la explicaba don Felipe al comentar el sueño de los diez diamantes. Cuando habla de la *templanza*, en un sentido más amplio que el de mortificación, indicada en el diamante del ayuno, dice: «El salesiano debe saber frenarse; no camina con los ojos cerrados, los abre, pero no va más allá: si algo no está bien, se detiene. ¡Dueño de sí mismo en el juego, prudente con el chico que le agota la paciencia, capaz de callar, disimular, hablar a tiempo y ser inteligente!»⁷².

72. *Actas del Consejo Superior*, abril-junio de 1981, núm. 300, páginas 18-19; cfr. páginas 12-13.

En esta visión de la *templanza*, como participación personal y diaria en el reinado bautismal sobre sí mismo, ocupa un puesto primordial, además de la paciencia, la fundamental virtud de la humildad, que ayuda a cultivar la benignidad en su aspecto de mansedumbre y moderación, y asegura en el salesiano la actitud pedagógico-pastoral del «hacerse querer», tan recomendado por Don Bosco, pero nada fácil.

En cuanto a la *humildad* amable y atrayente de don Felipe, su inmediato sucesor, don Pedro Ricaldone, pudo afirmar en los procesos: «Siempre lo vimos humilde en el porte, en el hablar y en el actuar. Como dije en otra ocasión, tenía un concepto bajísimo de sí, y no recuerdo haberle oído hablar de su persona. Cuando se le promovía a un cargo, siempre se consideraba indigno. En los últimos años, cuando vio que se debilitaban sus fuerzas, pensó renunciar al cargo y presentar la dimisión a la Santa Sede. Su humildad siempre iba acompañada de bondad y dulzura. Siempre fue acogedor, y por su modo de actuar era claro que se consideraba siervo de todos. Tengo que decir, asimismo, que era una humildad bien entendida, que no le impedía estar, con el debido decoro, en su puesto de director o inspector, de prefecto general o de rector mayor. Y, además de practicar personalmente la humildad y demás virtudes a que

me he referido, no dejaba de inculcarlas con amable y firme insistencia a sus salesianos»⁷³.

A una novicia de las Hijas de María Auxiliadora que le pedía consejo para su formación, don Felipe le respondió: «Está atenta a la formación del espíritu; sobre todo, al amor propio: humíllalo dentro de ti. Debes imitar la humildad del Corazón de Jesús; lo demás es vanidad y tontería. No pierdas ni un día de tu noviciado sin avanzar en el espíritu de Dios, es decir, en la piedad, en la caridad, en la humildad de corazón, en el sacrificio y en la renuncia a ti misma. Haz que desaparezca María [nombre de la novicia], de modo que sólo quede nuestro Señor, que te quiere santa de mente y de corazón, de alma y de cuerpo»⁷⁴.

Así pues, don Felipe Rinaldi nos ilumina, con su incomparable paternidad sacerdotal, para saber individuar en la bondad salesiana cuatro aspectos verdaderamente imprescindibles: el amor de predilección a la juventud en la práctica constante del sistema preventivo, el lugar de privilegio que hay que dar en la educación a la celebración viva y amada del sacramento de la Penitencia, el fraterno espíritu de familia en nuestras comunidades, y el dominio constante de sí mismo para «hacerse querer».

Si unimos estos aspectos a los tres subrayados al hablar de la interioridad apostólica, tendremos un interesante cuadro descriptivo de las notas que caracterizan, según don Felipe, al espíritu salesiano de Don Bosco.

Intercesor y guía de toda la familia salesiana

La beatificación de don Felipe Rinaldi nos asegura que, desde el cielo, sigue a nuestro lado. La comunión con la Iglesia gloriosa refuerza así nues-

73. *Summarium*, páginas 293-294, núms. 1.032-1.033.

74. Carta a sor María Lanzio, 24 de marzo de 1924, *Archivo salesiano central*, 9.31 Rinaldi.

tro corazón en la esperanza: ¡también el nuevo beato es intercesor y guía!

En la circular que escribió tras la beatificación de Don Bosco y el triunfal traslado de sus restos de Valsállice a Valdocco, manifestó su emoción y alegría con palabras muy sentidas. Le parecía que empezaba una nueva época para la vida salesiana, caracterizada por la novedad de los tiempos, sí, pero vinculada ya, con certeza eclesial, a la santidad del Fundador.

Veía este acontecimiento como espaldarazo de futuro para nuestra familia. «Entendí —escribe— quién iba a ser para nosotros Don Bosco. Sin dejar de ser lo que siempre ha sido...,

— en aquel instante se hacía el modelo seguro de nuestra vida;

— la luz puesta en el candelero para iluminar el mundo;

— el ministro fiel, encargado por su y nuestro Señor Jesucristo de distribuir sus bienes a los necesitados;

— nuestro intercesor particular ante María Auxiliadora...

»Comprendí entonces cuál debía ser nuestro espíritu, cuál la vida de nuestro cuerpo individual y social... En la basílica, su nombre se había hecho realmente inseparable del de su potente Auxiliadora... y me pareció que una voz, dulce y paterna, como la oída en otros tiempos, bajaba de la gloria para decirme: "Exemplum dedi vobis; imitatores mei estote"; actuad como yo, y mi querida Congregación será siempre lozana como se me apareció, estando aún en carne mortal, en la visión de San Benigno [se trata del sueño de los diamantes]: la caridad comprende todo, soporta todo y vence todo; prediquémosla con la palabra y con los hechos... Seréis espectáculo para el mundo y para los ángeles, y será vuestra la gloria de Dios...

»Si la nueva época de vida salesiana que acabamos de empezar tiene siempre como norma el ejemplo de Don Bosco, si nuestra misión educadora se realiza ininterrumpidamente bajo su protección, aumentaremos y multiplicaremos hasta el infinito... el inmenso tesoro de la educación cristiana como la entendía nuestro Fundador»⁷⁵.

Algo parecido, como reflejo y en tono de herencia custodiada y hecha fructificar, podemos decir hoy ante la próxima beatificación de don Felipe Rinaldi. Pensamos que hoy nos hallamos al principio de una época nueva de nuestra vida salesiana, reflexionada laboriosa y comunitariamente durante veinte años con fidelidad a los orígenes y en la órbita del Vaticano II, a fin de responder a las interpelaciones de los tiempos nuevos. Pues bien, la figura de don Felipe «beato» nos aproxima al Fundador, de modo extraordinario y con actualidad atrayente; ilumina y desarrolla el contenido de su carisma con sentimientos filiales, anclados en el mejor conocimiento de su espíritu y de su corazón; su carácter emprendedor y su sabia capacidad para desarrollar gérmenes aún ocultos nos dicen que todo dinamismo innovador debe brotar de la perfecta sintonía con su espíritu más genuino.

La santidad del nuevo beato es la confirmación de su fidelidad dinámica. Nos hace comprender que el Espíritu santo unió, en él, el pasado al futuro en el crecimiento homogéneo del mismo carisma, sin saltos arbitrarios y desviadores ni retrocesos estáticos, y por encima de los numerosos y fugaces espejismos ideológicos.

Es sugestivo pensar que don Felipe se hizo santo dedicándose por completo —y cabe decir que exclusivamente— a hacer vivir y crecer el espíritu de Don Bosco. Creo que aquí está el significado más hermoso de su vida de «superior salesiano»,

75. *Actas del Capítulo Superior*, 9 de julio de 1929, núm. 49, páginas 667-711.

es decir, de testigo, animador y propulsor del patrimonio heredado.

El acontecimiento de su beatificación nos asegura también que sigue desempeñando, como intercesor, la función de toda su vida, aunque de modo diverso: ahora, junto a san Juan Bosco, al beato Miguel Rúa, a santa María Dominica Mazzarello y a otros muchos hermanos y hermanas glorificados.

Este papel, sin embargo, lo debemos interpretar meditando las enseñanzas que nos dio cuando vivía con nosotros. En este sentido lo vemos como guía seguro, que enseña a afrontar con autenticidad salesiana las exigencias propias del correr de los tiempos.

— Al considerar la figura y el papel histórico de don Felipe Rinaldi habríamos podido detenernos en otros muchos aspectos; algunos, importantes sin duda y hasta esenciales, pero que de algún modo damos por descontados, son, por ejemplo: la centralidad de vida en Cristo, el sentido de la cruz y de la oblatividad (que podrían ahondar particularmente algunos grupos de nuestra familia), la devoción mariana, la adhesión sincera e inquebrantable al sucesor de Pedro, la doctrina de la vida consagrada, el concepto de pobreza y de administración de los bienes temporales, la visión dinámica y social del oratorio, el extraordinario celo organizativo por las misiones, etcétera.

Sin embargo, en esta carta hemos preferido destacar su espíritu emprendedor, que siempre había permanecido un poco en la sombra, para después centrar nuestra atención en lo que constituye su mensaje más original.

Pensamos que ahí radica su mejor actualidad; en él nos hemos centrado, sin pretender agotar su contenido, pero con la alegría de comprobar que

su figura se abre a los horizontes de toda la familia salesiana, haciéndonos admirar en él al autorizado precursor que ilumina y garantiza uno de los grandes caminos actuales⁷⁶ de nuestra renovación posconciliar.

Permitidme añadir que si, al seguir las huellas de don Felipe —que en realidad son las de Don Bosco—, he insistido con fuerza en la interioridad apostólica, como elemento vital que debemos estimular, nutrir y llevar al más alto grado posible de maduración personal y comunitaria, lo he hecho porque la tentación de poner el pie en el acelerador de la acción, prescindiendo del «da mihi ánimas» —es decir, de la ininterrumpida interioridad de unión con Dios salvador—, es real entre nosotros y perjudica gravemente a la actitud orante de la caridad pastoral. La gracia de unidad de este «respirar por las almas» impulsa siempre y simultáneamente a la oración y al trabajo, los dos pulmones con que respira el salesiano en perfecta adhesión a la voluntad de Dios.

El testimonio de don Felipe es un himno a esta gracia de unidad, en la que la intensidad de los momentos dedicados a la oración envía irresistiblemente a la acción pastoral, y el trabajo apostólico incansable envía constitutivamente a la oración.

Leemos, en el documento vaticano sobre la dimensión contemplativa de cualquier género de vida religiosa, que la verdadera acción apostólica —no cualquier acción— está ligada intrínsecamente a la actitud orante. «La misma naturaleza de la acción pastoral y caritativa —cito— contiene una riqueza propia que alimenta la unión con Dios; es preciso cultivar a diario su conciencia y profundización. Si los religiosos y religiosas toman conciencia de ella, santificarán sus actividades y las convertirán en

76. Cfr. *Capítulo General Especial*, 1972, páginas 19-20.

77. SCRIS: *Vida religiosa: su dimensión contemporánea*, 12 de agosto de 1980, núm. 6.

fuente de comunión con Dios, a cuyo servicio están por un título nuevo y especial (LG 44)»⁷⁷.

Queridos hermanos, mis insistentes llamadas a vencer la plaga de la superficialidad serían voz en el desierto si cada salesiano, en la escuela de don Felipe Rinaldi, no da a su «respirar por las almas» la intensidad y los espacios imprescindibles para garantizar la auténtica gracia de unidad de la caridad pastoral.

Asertor del vital mensaje de Don Bosco modelo

Antes de concluir quiero invitar a todos a prepararos, en sintonía de corazón, con agradecimiento sincero y con reflexión de fe, a beatificación tan significativa. Es un don especial de Dios para el crecimiento sano y vigoroso de nuestro carisma en el umbral del tercer milenio.

Que don Felipe Rinaldi, beatificado, interceda y guíe nuestro camino para educar en la fe a numerosos jóvenes del mundo.

También yo, que oí su voz en mi adolescencia, podría sugeriros algo semejante a lo que él escribió cuando la beatificación de Don Bosco. Me imagino a don Felipe beato con el nuevo texto de las Constituciones en su mano; lo admira como la «copia en limpio» anunciada por Don Bosco, y al abrirlo nos enseña una página en la que se complace, pues describe sintéticamente el esfuerzo que caracterizó toda su vida. Se trata del artículo que nos propone a Don Bosco como modelo. Escuchémosle como si nos lo leyera él personalmente:

«El Señor nos ha dado a Don Bosco como padre y maestro.

»Lo estudiamos e imitamos admirando en él una espléndida armonía entre naturaleza y gracia. Profundamente humano y rico en las virtudes de

su pueblo, estaba abierto a las realidades terrenas; profundamente hombre de Dios y lleno de los dones del Espíritu Santo, “vivía como si viera al Invisible”.

»Ambos aspectos se fusionaron en un proyecto de vida fuertemente unitario: el servicio a los jóvenes. Lo realizó con firmeza y constancia, entre obstáculos y fatigas, con la sensibilidad de un corazón generoso. “No dio paso, ni pronunció palabra, ni acometió empresa que no tuviera por objeto la salvación de la juventud. Lo único que realmente le interesó fueron las almas”⁷⁸.

78. *Constituciones 21.*

Creo que es, sobre todo, esto lo que nos va a recomendar don Felipe el día de su beatificación.

Pidámosle desde ahora que, junto a Don Bosco y a María Mazzarello, interceda por la celebración de los próximos capítulos generales, a fin de que el clima respirado por sus miembros sea el de una sólida interioridad apostólica como en los orígenes, de manera que sus orientaciones y directrices finales resulten estímulo valioso para relanzar, como familia, la verdadera mística salesiana del «da mihi ánimas» en un proyecto de vida fuertemente unitario.

Meditemos y recemos. ¡Que cada uno aproveche el magnífico testimonio de don Felipe Rinaldi, y que el contenido de esta circular sea tema de reflexión en los retiros espirituales!

Os saludo a todos cordialmente, con mi mejor felicitación de Navidad y Año Nuevo.

Vuestro afmo. en el Señor,

EGIDIO VIGANÓ

